

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**EJEMPLOS DE VALENTÍA
PARA TODOS**

S. MILLÁN – 2022

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Mauro Prosperi

Perdido en el desierto.

El maratón.

Del 11 de abril de 1994 al 23 de abril de 1994.

Conclusión.

Pensamientos.

Antonio Sena

Perdido en la selva.

Edmund Hillary y el Everest.

Reflexión.

Louis Zamperini

Sobrevivir en situaciones extremas.

Delincuente juvenil. Atleta.

Aviador. Naufrago.

Prisionero.

Experimentos médicos.

Interrogatorios.

Violencia establecida.

Omori. El pájaro.

La liberación.

La conversión total.

Institución Victoria.

Dios te espera.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

Vamos a presentar algunos casos ejemplares de personas que, en situaciones extremas han logrado salir adelante con esfuerzo, trabajo y sacrificio. No hay nada grande que se pueda hacer en la Tierra sin esfuerzo y sin sacrificio. Esto quiere decir que una de las cosas más importantes que hay que enseñar a los niños es a luchar por conseguir las metas que uno se propone. No se les puede consentir para que hagan todo lo que quieran y solo lo que quieren. Por este camino, lamentablemente, los estamos dirigiendo hacia el abismo de sus pasiones y egoísmos.

Esto puede suceder especialmente, en hijos de familias ricas, que han disfrutado desde niños de todo lo deseado y con frecuencia son incapaces de afrontar los retos difíciles de la vida diaria y, de este modo, se quedarán en una vida mediocre que no los hará felices y que les puede llevar al desastre. Lo mismo puede suceder a quienes desde niños han ido por el camino fácil de la desobediencia, del vicio y de la holgazanería.

La lucha y el esfuerzo son valores intransferibles. Cada uno debe desarrollarlos por sí mismo, sabiendo que sin ellos no podrá realizarse plenamente con todas las cualidades que Dios ha puesto en sus almas.

El mismo Jesús nos dice: *El quiera quiera ser mi discípulo que cargue con su cruz de cada día y me siga*. No dice que le sigan disfrutando de todos sus gustos y placeres, sino con todas las cruces, dificultades y sufrimientos de cada día. Cada día tiene su afán y su propia cruz. A veces, hay que obedecer a un jefe colérico o desarrollar un trabajo que no gusta u obedecer órdenes que creemos que son equivocadas, pero lo importante es saber hacer las cosas bien hechas, sabiendo obedecer y sabiendo que, sin esfuerzo, no hay nada que valga la pena.

Los ejemplos que proponemos son de hombres valientes, que son un ejemplo para todos, especialmente para los jóvenes, que necesitan labrar su personalidad a golpes de oleaje, como las peñas que están a la orilla del mar.

Que cada uno de nosotros sepamos dejar huellas que otros puedan seguir. Huellas que no las destruyan ni los vientos ni las lluvias y que queden como un ejemplo para las generaciones futuras. Amén.

MAURO PROSPERI

PERDIDO EN EL DESIERTO

Mauro Prosperi nació en 1955. Es un exoficial de la policía italiana. Profesor de educación física, atleta de pentatlón y triatlón, entrenador de fútbol, de tenis, juez internacional de deporte, entrenador también de equitación, natación, carrera, tiro con pistola, esgrima, técnico de supervivencia y sobreviviente del maratón de las arenas del desierto.

Su vida es un ejemplo de coraje y lucha personal contra la adversidad. Y, cuando se sintió desfallecer y que ya no daba más de sí en condiciones extremas de debilidad por falta de agua y alimento y con mucho cansancio, entonces supo también acudir a Dios, pidiendo ayuda. De hecho pudo sobrevivir para contarnos sus aventuras y cómo tuvo que comer murciélagos, serpientes, hormigas y chupar ciertas hierbas que estaban llenas del agua del rocío mañanero.

Su ejemplo es estímulo para nosotros en la lucha personal de cada día. Aprendamos a vivir con las dificultades que encontremos y valoremos el gran don de la vida que Dios nos dio.

EL MARATÓN

El maratón del desierto o de las arenas, es considerado el maratón más extremo y difícil del mundo y se desarrolla en Marruecos, en el desierto del Sahara. Mauro Prosperi escribió en su *Diario* su experiencia, cuando se perdió en el desierto durante diez días en que estuvo entre la vida y la muerte. De esta experiencia sacó una clara conclusión: La vida es un don precioso que debemos cuidar y con el que debemos ayudar y hacer felices a los demás.

Él se inscribió en este maratón, que comenzó el 11 de abril de 1994. Entre los participantes estaban los infaltables japoneses, aparentemente siempre todos iguales y sonrientes. Había alemanes, españoles, franceses y otros. Escribió en su "*Diario*": Los organizadores nos recuerdan lo que debemos hacer y cómo será distribuida el agua y nos dan algunos consejos para controlar nuestras fuerzas. Los tuareg son los dueños de casa y nos dan algunas indicaciones sobre cómo comportarnos en caso de tempestad de arena o problemas de orientación.

Nos recuerdan que cada 10 kilómetros más o menos hay un control con un cartel, que llevamos al cuello y nos darán la segunda ración de un litro y medio de agua y así cada 10 kilómetros hasta el final de la primera etapa.

EL 11 DE ABRIL

La primera etapa la corremos el 11 de abril de 1994. Son 25 kilómetros sobre terreno variado, especialmente seco y con piedras. La temperatura, mitigada por el viento, es calurosa y a la sombra hay 36 grados. Partimos a las 9 y cuarto de la mañana y me uno al grupo de los más fuertes: marroquíes, españoles, rusos y franceses. Llego al primer control, estando en plena forma. Estoy en el grupo de los primeros a pesar de habernos equivocado de camino y perder energías para retomar el camino exacto. Reposamos un rato y después curo las ampollas que me comienzan a aparecer. Las moscas son muchas. Algunos pajaritos nos hacen compañía. Tienen el pecho amarillo, son sociables y no se espantan. Llega el momento de cocinar y utilizar los hornillos y los sobres de comida, que hacen parte del equipo de sobrevivencia. Basta echar agua caliente y mezclar pacientemente todo para que no se formen grumos. El alimento resulta gustoso y abundante. Llevamos a la espalda una mochila que contiene todo lo que es necesario para afrontar peligros. Mi amigo Giovanni alivia mi cansancio muscular con algunos masajes en las piernas y después escribe en su Diario. Él tiene dolor de cabeza, mientras yo tengo problemas intestinales debidos seguramente a la gran cantidad de agua que bebo continuamente, tanto durante la marcha como en el campamento. Pero entre otras cosas llevo un desinfectante intestinal y controlo la diarrea, lo que hace que inmediatamente esté bien.

EL 12 DE ABRIL

Patrick Bauer lee la clasificación masculina y femenina y los penalizados por haber tirado papeles u otros materiales durante la etapa. El viento aumenta en intensidad hasta transformarse en una tormenta de arena. Es una experiencia fantástica, difícil de describir para quien no conoce el desierto. Los organizadores deciden posponer el horario de partida y después cambian el trazado de 33 kilómetros enteramente contra el viento. Las piernas se endurecen la respiración se hace difícil por la arena que viene al rostro y los ojos se enrojecen a pesar de las gafas. Empleo tres horas y 15 minutos en la etapa, que se termina muy tarde por esperar a los rezagados exhaustos. Todos cubiertos de arena. Yo también estoy cansado y siento gran deseo de beber agua, no tanto de beber, sino de echármela encima para quitarme el sudor y la tierra. Pero la suciedad es parte de los inconvenientes de la carrera. Después de haber comido algo, recibimos

información de los organizadores de algunas variantes para la etapa de mañana, que es la etapa de las dunas.

EL 13 DE ABRIL

Los 10 primeros kilómetros me parecen diferentes a los afrontados hasta ahora. El viento sopla implacable hasta el primer y único control. Las dunas vienen a nuestro encuentro, el calor aumenta. Se ven montañas de arena de rara belleza, arena dorada e hirviente, cuyo calor parece entrar por los zapatos. Sobre nosotros se oye el único helicóptero que vigila la marcha, que pertenece al ejército marroquí. Llego a la meta el primero del equipo italiano. Tomo la bandera italiana y espero a los demás muchachos. Por la noche nos contamos las peripecias del día. También está con nosotros un atleta español simpático, que se divierte en bromear con Giovanni. Hablamos de la etapa de mañana que será de 70 kilómetros. Será dura, pero tengo ganas de hacerme valer y estar entre los primeros. Me siento tranquilo y en forma.

EL 14 DE ABRIL. ESTOY PERDIDO

Esta etapa de hoy aclarará quiénes despuntan como futuros vencedores. En esta etapa debemos beber a traguitos el agua que nos dan en los controles. Aunque no se tenga sed, hay que hidratarse continuamente. Esto es básico y no debemos olvidarlo. A los 33 kilómetros encontramos el tercer control y allí encuentro a Giovanni. Me quedo unos minutos para refrescarme, tomar agua y curar las ampollas que tengo en el talón. Continúo y se levanta el viento. Debo atravesar pequeñas dunas a lo largo de cuatro kilómetros, pero el viento se nota cada vez más amenazante. Las pequeñas dunas comienzan a moverse delante de los ojos y a molestar mi marcha. Me cubren y me dan mucho fastidio. Pareciera que lo hacen a propósito. Las dunas me siguen y me cubren y se mueven y tengo que buscar un resguardo seguro para no sucumbir. Estoy inmóvil un tiempo. Me muevo, camino lentamente mirando alrededor en busca de huellas o señales, pero solo encuentro un muro de arena, la nada. Estoy atento, me detengo y reprendo el camino. El escenario está en continua transformación; allá donde había una pequeña duna, ahora no hay nada, como si una mano invisible se hubiera divertido en cambiar de lugar.

Pronto me doy cuenta de que estoy perdido y solo en aquella soledad. Siento rabia por el tiempo que voy a perder, pues perderé la posibilidad de ganar. Después de ocho horas de ventisca de arena, de pronto cae un silencio absoluto. Estoy perdido, pero seguro de que me encontrarán pronto como sucedió ayer con un atleta que terminó fuera de la etapa de dunas. No me queda más que esperar y

prepararme para una noche fuera de programa bajo un cielo estrellado, cuya inmensidad encanta y maravilla. Hago noche entre algunas dunas altas y lanzo señales luminosas intermitentes para hacerme avistar. Después caigo en un sueño sereno y profundo.

EL 15 DE ABRIL

Descubro en el cielo el ruido de un motor que sobrevuela la zona y parece dirigirse hacia mí, pero después se aleja. Prosigo el camino sin aguacero con tranquilidad, porque sé que me están buscando. No tengo agua y recuerdo lo que me contaba mi abuelo. En la primera guerra mundial se bebían su orina. Así que recojo mi orina para beberla poco a poco. Camino. El calor aumenta implacable. Corro sin darme cuenta que cada paso me aleja de mis compañeros, de las tiendas, de la vida. Corro sin darme cuenta que estoy perdido. No veo ninguna huella, no oigo ninguna voz. Busco un resguardo para el calor y me refugio bajo un árbol grande. Me subo a las ramas más altas y extendo la bandera italiana. Miro y no veo a nadie. Comprendo que la situación es peor de lo que pensaba. Siento de nuevo el ruido del helicóptero. Pienso que no dejara de volar hasta que me encuentren. ¿Por qué tener miedo? Tomo un cohetillo de la mochila y lo lanzo. El helicóptero está muy bajo y puedo ver al piloto, distingo su casco blanco y la doble visera, pero luego se aleja sin verme. En ese momento me siento invisible, abandonado, inerme. Y me quedo a solas con el silencio. Estoy solo. No tengo ganas de comer ni de dormir. Por la noche miro al cielo magnífico, inmenso con su belleza y, con el primer sueño, se insinúa en mí una débil esperanza. La marcha no se ha terminado y mañana me haré encontrar.

EL 16 DE ABRIL

Recojo mis cosas y camino en dirección de las luces que he visto en la noche. Alrededor solo veo arena. Las dunas parecen no tener límites, son montañas de arena milenaria. Me fascinan. Camino sin parar y después parece que terminan las dunas. La temperatura llega a los 40 grados. Miro y me parece ver una sombra. La sombra está a unos 50 metros y se mueve lentamente y con determinación, sin prisa. ¿Quién puede ser? Entonces comprendo que se trata de un gran pájaro, un buitre. No es una visión. Está esperando paciente. Soy su posible presa. Quiero caminar, pero casi no puedo, me parece estar clavado a la arena. Tengo rabia, miedo, desesperación. A pesar de todos mis entrenamientos, no soy nada y me viene a la mente el pensamiento de Dios: *Dios mío, te pido, ayúdame. No sé cuánto tiempo rezo.* En la vida me he sentido siempre capaz, hábil, seguro y fuerte. De pronto me doy cuenta de la falta de fe. Hablo mirando al cielo, a la arena, al sol que ciega y a todo lo que me da testimonio de una

presencia divina: *Dios mío, ayúdame*. Me pregunto, si Dios querrá escucharme y responder a mis peticiones de ayuda. He estado sordo muchas veces a su voz, que me hablaba y quizás esto es una manera de castigarme. Pero sigo: *Dios mío, ayúdame. Reconozco que te he fallado muchas veces, me he equivocado mucho, pero Dios mío, te lo ruego, ayúdame, dame una señal, Dios mío, que pueda entender que me has escuchado*.

Al momento, veo en la lejanía un árbol grande a unos 500 metros. Tengo que llegar a él, si no, estoy perdido. Recojo todas mis fuerzas. Mientras camino lentamente, veo tres cuervos. Por fin llego al árbol y creo que Dios me ha ayudado, dándome las fuerzas que no creía tener. Los cuervos están cerca de mí en el árbol. No me dejan, parece que quieren hacerme compañía y sostenerme en esa terrible soledad. Es tan poco lo que hace falta para morir en el desierto... Incluso cerrar los ojos puede ser fatal por el tremendo sol que puede causarte la muerte. También el cansancio puede darte un sueño del que no podrías despertarte jamás. Ya no veo el buitre y me siento más tranquilo. Recupero un poco las fuerzas y preparo en el árbol mi bandera en lo más alto, pongo la camisera en dos arbustos en una duna alta y repito: *Señor, estoy aquí, sálvame*.

Subo al árbol y miro, pero no veo a nadie. Sin embargo, me parece divisar una construcción que puede estar habitada ¿Es una visión? ¿Es realidad? Aquella construcción es una esperanza, estará habitada. Llego hasta allá y no hay nadie. Es como una pequeña ermita, donde han enterrado a un hombre santo. Veo un sarcófago cubierto. Trato de ver lo que hay. Hay pequeños nichos vacíos, una botella vacía de perfume. Por fin decido echarme sobre el sarcófago y reposar cubierto con algunas telas que allí he encontrado. Rezo a Dios con resignación una vez más. Es inexplicable que no tenga hambre ni sed. Me siento tranquilo y me duermo.

EL 17 DE ABRIL

Decido hacer un fuego para calentarme fuera de la ermita para que el humo pueda ser una señal para alguien que pueda estar cerca. Quemo la mochila. El helicóptero se acerca. Tomo la bandera y la agito y corro, subo sobre una duna. La nave esta sobre mí. Llamo al piloto con todas las fuerzas que me quedan, salto, grito y poco a poco se aleja de nuevo sin verme, ni observar el humo que sube. Se desvanece mi esperanza a pesar de haber quemado mi equipaje. De nuevo surge el viento. Trato de rezar y pienso que estoy pagando mi indiferencia con Dios por mi egoísmo.

No obstante, necesito líquidos y alimento. He visto en la ermita murciélagos y me acerco y cojo un grupo con las manos. Los desuello, les quito

la piel y parecen pajaritos, me los como y absorbo su sangre. Son varios los que como, y recibo fuerzas que ya había perdido. Fuera sopla un viento fuerte y debo esperar. Pero ¿adónde dirigirme? Me digo a mí mismo que tenga paciencia y no desespere, que en casa me está esperando mi familia. Decido escribir allí mismo una carta a mi esposa e hijos. Quizás encontrarán mi cuerpo, si me quedo allí, y así podrán recibir una pensión de la policía. Encuentro un pedazo de carbón de las brasas y escribo detrás de un papel, donde están escritas las direcciones de cada participante del maratón.

De nuevo rezo a Dios: *¿Quieres castigar mi egoísmo y mis pecados? Dame una oportunidad de salvarme. Hazme estar mal, pero no me quites la vida o, si quieres que muera, no me hagas sufrir. Ahora que he comprendido el sentido de cada día, ponme a prueba, hazme vivir.* La tempestad de afuera ha disminuido después de 12 horas. Enciendo una vela y no tengo miedo.

Necesito compañía. Y me digo: *Continuaré hacia las montañas que he visto en la lejanía.*

EL 18 DE ABRIL

El talón me duele, porque la ampolla ha crecido. El silencio es profundo y total en torno a mí. Cuando salgo de la ermita, el viento es suave y me hace una apacible compañía. Miro al cielo estrellado y pruebo una inexpresable emoción. He ahí la prueba de que debe existir Dios, es el signo tangible de su omnipotencia y grandeza. Es maravilloso el manifestarse de su ser divino. Camino en silencio. Me dirijo hacia dos colinas que veo a lo lejos. El terreno es menos resbaladizo y más seguro. La colina parece haber sido una avanzada militar. Hay algunos árboles y el terreno es rico en arbustos verdes. Los cuervos me siguen. Veo lejos unas nubes y recuerdo que nos dijo un tuáreg que en el desierto no hay nubes. Donde hay nubes, hay vida. Comprendo que esa es la única verdadera dirección de encontrar vida.

Me refugio bajo un árbol, cubriéndome las piernas con arena fresca. Tengo la boca completamente seca. Veo algunas hormigas grandes y pienso en un documental de televisión en el que los aborígenes comían hormigas. Y como hormigas. Por la noche me maravillo ante el cielo lleno de estrellas. ¡Cuántas estrellas! Este cielo te cautiva y te roba el corazón. Me duermo para amanecer con fuerzas para ir a las montañas.

EL 19 DE ABRIL

Me pongo en marcha de mañana para evitar el calor del mediodía. Llego a las montañas y descubro pequeños senderos. Siento unas ganas locas de beber. Solo tengo un poquito de orina fría. Veo algunas plantitas, cuyas hojas están llenas de agua. Me parece que masticarlas no hacen daño. Continúo mi subida a las montañas y me siento desilusionado, no hay vida y solo veo trincheras y restos de un campamento militar. Siento frío. Estoy a unos 800 metros. Me refugio en una trinchera y enciendo un fuego con arbustos. Bebo un poco de orina y saboreo un poco de alimento de las últimas bolsitas de alimento que me queda. Miro al cielo y hago una oración. Creo estar cerca de la salvación.

EL DÍA 20 DE ABRIL

Duermo profundamente. Por la mañanita necesito beber y me hago un corte para una autotransfusión. Aspiro la sangre y bebo un poco. Reprendo el camino continuando a descender por el lecho de un río seco. De pronto descubro un pájaro grande, que me parece un halcón. Parece mirarme y se acerca al refugio que he tenido durante la noche. Mis amigos los cuervos están también conmigo. Prosigo la marcha y veo una culebra atontada entre las rocas. Se mueve lentamente, quizás por el calor. En un instante la tomo por la cola y la mato. Me la como como si fuera un regalo que me hacen. Sigo el camino y veo un sendero con excrementos de cabra. Mastico las hojas de las hierbas llenas de agua, que también comen los camellos. Me siento renacer. Y veo un camello. Al anochecer siento deseo de rezar. Cuando me despierto veo muchísimas estrellas en el cielo.

EL DÍA 21 DE ABRIL

Sigo el lecho seco del río. Veo un alambre extendido y veo un grupo de palmeras al final del lecho del río. Es un oasis. Quisiera correr, pero el cansancio no me deja. Me acerco a las palmeras y veo agua. Es agua verdadera, no es una visión. Agradezco a Dios y me arrodillo para beber a sorbos. Me lavo el rostro y recobro una sensación de frescura. Es maravilloso sentirse con vida. Por algunas horas me quedo sentado a reposar y beber agua a pequeños sorbos y me siento mejor. Busco algo para comer y construyo una honda para cazar cualquier cosa. Hay muchos pájaros. Encuentro los restos de un pájaro en un árbol, y cojo una lagartija y la como. Los pajaritos se acercan sin miedo a mí y yo no quiero cazarlos. Se acostumbran a mi presencia y se acercan saltando tranquilos. Son una inesperada compañía. Cae la noche y no duermo. Tengo deseos de vivir. Hay una luna maravillosa que ilumina todo y fantásticamente se refleja en la poza de agua. Encuentro una vieja vasija y la lleno de agua para llevarla conmigo. Por la noche me recojo en oración y digo: *Dios mío, dame una señal, no me abandones.*

EL DÍA 22 DE ABRIL

Decido dejar el oasis. Encuentro huellas de hombres y excrementos de cabras y camellos. Yo sigo hacia las nubes. Camino con un viento ligero y suave. Después de dos horas y, como por encanto, veo en la lejanía señales. Encuentro bidones ordenadamente dispuestos cada 30 metros uno después de otro. Esta es la senda por donde van los coches. Al atardecer me dispongo a dormir dentro de un bidón grande. Cierro los ojos por un momento. Es un bidón de lata. Es demasiado estrecho para mí.

EL DÍA 23 DE ABRIL DE 1994

Esta noche he soñado con mi familia y mis amigos. Me despierto temprano y sigo el sendero hacia las nubes. A las 7.30 a.m. veo un punto negro a lo lejos. Parece una casita con techo. Sigo caminando y veo pequeños animales más pequeños que los camellos. Son cabras. Mi vida renace. Miro repetidas veces, porque en varias ocasiones me he equivocado por visiones falsas y veo una niña. Ella se escapa corriendo hacia el punto negro, que había ignorado por huir de la ilusiones. Es una tienda tuareg. Los milagros existen. Hay que creer en ellos. Hoy he nacido de nuevo. Las cabras, la niña, la tienda tuareg. En esa tienda vive la niña. Me atienden y me dan de comer y beber.

CONCLUSIÓN

La familia tuareg llama a la policía. Estos estaban en territorio argelino. La policía llega y lo llevan en su jeep a la base militar; vendado, porque creían que se podía tratar de un terrorista. Mauro tuvo miedo de que podían matarlo con sus pistolas. Cuando descubrieron que era uno de los maratonistas del maratón de las arenas de Marruecos, le quitaron la venda y festejaron con él. Descubrió que había recorrido fuera de ruta 290 kilómetros. Lo llevaron al hospital de Tindouf, donde finalmente, después de 10 días, pudo llamar a su esposa. La primera cosa que le dijo: *¿Ya habéis organizado mi funeral?* Después de 10 días perdido en el desierto, Mauro Proserpi volvió a la civilización más cristiano y creyente en Dios y con más ganas de vivir bien y dar su vida al servicio de los demás. Por eso, ha sido a lo largo de su vida entrenador de atletas de diferentes disciplinas y ha seguido corriendo en algunos otros maratones, porque el deporte y la naturaleza es parte imprescindible de su vida.

Nota.- Estas notas han sido tomadas de su propio Diario titulado *Quei 10 giorni oltre la vita*, Gingko Edizioni, Verona, 2020.

PENSAMIENTOS

*Si puedes mantener la cabeza, cuando todo a tu alrededor
pierde la suya y te culpan por ello.
Si puedes confiar en ti mismo, cuando todos dudan de ti,
pero admites también sus dudas.
Si puedes esperar sin cansarte en la espera,
o, siendo engañado, no pagar con mentiras,
o, siendo odiado, no dar lugar al odio,
y, sin embargo, no parecer demasiado bueno, ni hablar demasiado sabiamente.*

*Si puedes soñar, y no hacer de los sueños tu maestro.
Si puedes pensar, y no hacer de los pensamientos tu objetivo.
Si puedes encontrarte con el triunfo y el desastre
y tratar a esos dos impostores exactamente igual.
Si puedes soportar oír la verdad que has dicho,
retorcida por malvados para hacer una trampa para tontos.
O ver rotas las cosas que has puesto en tu vida
y agacharte y reconstruirlas con herramientas desgastadas.*

*Si puedes hacer un montón con todas tus ganancias
y arriesgarlo a un golpe de azar,
y perder, y empezar de nuevo desde el principio
y no decir nunca una palabra acerca de tu pérdida.
Si puedes forzar tu corazón y nervios y tendones
para jugar tu turno mucho tiempo después de que se hayan gastado
y así mantenerte cuando no queda nada dentro de ti,
excepto la Voluntad que les dice: “¡Resistid!”.*

*Si puedes hablar con multitudes y mantener tu virtud
o pasear con reyes y no perder el sentido común.
Si ni los enemigos ni los queridos amigos pueden herirte.
Si todos cuentan contigo, pero ninguno demasiado.
Si puedes llenar el minuto inolvidable
con un recorrido de sesenta valiosos segundos...
Tuya es la Tierra y todo lo que contiene,
y —lo que es más— ¡serás un Hombre, hijo mío!*

ANTONIO SENA

PERDIDO EN LA SELVA

Antonio Sena es un piloto brasileño. Era un cristiano creyente de 18 años, cuando su padre sufrió un accidente de moto y él sintió la necesidad de ir a visitarlo a Santarem (Brasil) donde estaba en el hospital para que, en caso de que falleciera, pudiera despedirse de él. Como estaba en otra ciudad, le pidió con fervor a Dios que le permitiera llegar a tiempo para despedirse de su padre. Cuando llegó, un día y medio más tarde, le dijeron que esperara a la hora de visitas. Y, mientras esperaba, le comunicaron que su padre acababa de fallecer. Él se sintió defraudado por Dios. Después de tanto pedirle que le permitiera llegar a tiempo, Dios parecía no haber escuchado su oración. Eso destrozó su fe. Su desilusión le llevó a alejarse de Dios y dejar de creer en él, y así pasó algunos años hasta que Dios le salió al encuentro.

Un día de enero de 2020 tuvo que llevar un cargamento a un lugar de la selva brasileña. Tenía, a disposición de una empresa de aviación, un monomotor que parecía estar en buenas condiciones, pero el único motor del avión falló en pleno vuelo y tuvo que planear para aterrizar en medio de la selva. Para que el impacto fuera menor, sacó el tren de aterrizaje y así fue rozando la cima de los árboles hasta que cayó de nariz en un riachuelo.

Él nos dice: Mi instinto me decía que debía salir cuanto antes de ese lugar. Tenía la ropa mojada de combustible y el avión tenía mucho combustible y podía explotar. La situación era peligrosa y los circuitos eléctricos de la aeronave funcionaban. Pero también quería recoger, antes de salir corriendo, algunas cosas útiles para caminar en la selva los cinco u ocho días que pensaba que me costaría salir a la civilización. Mi mochila había caído fuera del avión y tenía un cuchillo, una navaja multiuso, una linterna y dos mecheros. De la nave saqué tres botellas de agua de medio litro y una bolsa con doce panes y unas latas de refrescos.

Salí lo antes que pude y tomé una foto al avión. Comencé a subir una cuesta y a mitad de camino vi una fogata. El avión estaba ardiendo y había algunas explosiones. Sentí un fuerte olor a combustible y me alejé. Llegué a la cima del montículo lleno de árboles y descansé, pensando que pronto vendrían a rescatarme. Allí pasé la noche ¹.

¹ Sena Antonio, *36 días*, Ed. Buzz, 2021, pp. 20-21.

Había recibido clases de supervivencia y sabía que no necesitaba beber agua las primeras 24 horas y que podía estar sin comer las primeras 48 horas. Observé que tenía algunas heridas en las rodillas y una costilla en el lado izquierdo, que me dolía mucho al respirar. Me quité la ropa empapada de combustible y me puse la ropa que tenía en la mochila. Necesitaba hacer una fogata para pasar la noche para mantener alejados a los insectos. Conseguí unos palos secos y con la camiseta llena de combustible puse fuego con un mechero. Hice una especie de tienda con unos palos clavados en el suelo y poniendo como tejado mi abrigo. Después me dormí y no me acuerdo de nada. No tuve tiempo de sentir miedo ².

Al despertar estuve pensando que estaba en la selva más grande del mundo con más de cinco millones de kilómetros cuadrados y en medio de la flora y fauna más abundante del planeta. Se cree que hay unos 30 millones de distintas especies de animales. Y estaba solo y no sabía por dónde ir para encontrar gente que le ayudara.

Por el agua no se preocupó; porque había muchos riachuelos y además llovía mucho. Lo importante era no tomar agua estancada, pues podía tener muchas bacterias. Estaba preparado para que, en caso de necesidad, pudiera tomar hasta la propia orina. También tenía algunos panes y latas de refrescos. Por las noches, con tanta oscuridad y el ruido de los animales, tenía miedo y frío. Uno de sus peores miedos era que no lo encontraran los aviones de rescate y tuviera que luchar solo para salir de esa selva impenetrable en algunos lugares.

Sin embargo, el recuerdo de su madre y de sus hermanos lo animaba y le daba esperanza para seguir luchando y caminando hasta que lo rescataran o hasta poder salir por sí mismo a la civilización. De momento desechaba cualquier sentimiento de desesperación al oír el ruido de los motores de los aviones, que seguramente lo estaban buscando y no lo podían encontrar. Después de los primeros diez días ya habían abandonado la búsqueda y estaba dejado a su propia suerte. Se sentía muy solo, no tenía ayuda exterior y los alimentos que tenía se fueron acabando poco a poco.

Nos dice: *Decidí hacer mi campamento base un poco alejado del avión en una parte seca y descubrí unas hojas grandes, parecidas a las de los plátanos, que me podían proteger de la lluvia. Esas hojas las colocaba también en el suelo para evitar la humedad. Sin embargo, las noches eran muy difíciles de pasar. Mi abrigo quedaba muy húmedo y yo sentía frío. Lo peor eran los ruidos de la selva. En los primeros días asustan. Parecía que algunos animales desconocidos estaban detrás de mí o encima de mí. Cuando volaban los pájaros, pensaba que*

² Ib. pp. 26-27.

*podía ser una onza (especie de leopardo de la selva). Si estaba cerca de un riachuelo, oía ruidos y pensaba que algún animal peligroso estaba bebiendo agua, me levantaba asustado y con la linterna observaba y no había nadie, solamente era el ruido de algunas ramas chocando entre sí en el riachuelo*³.

Poco a poco tuvo que ingeniárselas para tener comida y sobrevivir. Con su cuchillo y una rama hizo una especie de lanza y con ella dormía todos los días por si acaso. Cuando amanecía entre las seis y ocho de la mañana, dormía más tranquilo, pues disminuían los ruidos de la selva y el sol comenzaba a clarear. Felizmente ninguno de los animales que más temía aparecieron en ningún momento, pero al despertar estaba lleno de insectos, que podían transmitir la malaria u otras enfermedades.

Una noche oyó mucho ruido. Eran unos monos que, al verlo cerca, empezaron a gritar y le tiraban desde los árboles hojas para espantarlo, pero no les hizo caso. Cada día se sentía más flaco y débil, comía poco y estaba en tensión constante ante los posibles peligros, incluso de serpientes venenosas que abundaban en aquellos lugares.

Uno de los días, después de haber hecho un gran esfuerzo caminando, se sintió derrotado, se sentía impotente y frustrado. Parecía que se le había ido toda esperanza de salir de allí. Nunca había sentido tanta sensación de impotencia. Se sentía derrotado mentalmente y emocionalmente. Pensó que realmente no tenía ninguna posibilidad de salir con vida. Y entonces escribió el siguiente mensaje para su familia: *Salí del lugar del accidente para caminar hasta Alenquer y hallar una hacienda o algo parecido, pero me fue imposible. La selva es muy espesa y no tengo herramientas suficientes. He decidido quedarme aquí hasta que alguien halle el avión. Voy a intentar permanecer vivo hasta ese momento. No sé cuánto tiempo llevará.*

Mamá, te quiero mucho. Te quiero dar un abrazo y un beso.

*Pedrito, tú eres un ángel en mi vida. Estoy muriendo de la nostalgia de veros. Mano, Mariana, Ingrid los amo mucho. Los amo a todos desde el fondo de mi corazón*⁴.

Esta carta fue como estar en el lecho de muerte y despedirse de la familia. Refiere: *Sentía que yo solo nunca saldría de la selva y entonces comencé a preguntar a Dios el por qué sucedía eso conmigo. Era la primera vez que conversaba con él. No lo había recordado cuando cayó el avión o cuando salí*

³ Ib. pp.32-33.

⁴ Ib. p. 45.

ilesos o cuando salí antes de la explosión. ¿Por qué en ese momento lo recordaba? Porque yo le estaba exigiendo una respuesta a mi desgracia. ¿Por qué pasaba eso conmigo? ¿Por qué me había salvado la vida en el accidente cuando miles de personas mueren en estos accidentes? ¿Por qué me salvó de la caída y ahora me dejaba morir en la selva solo? ¿Qué había hecho para merecer una muerte lenta y difícil? ¿Por qué no me dejó morir en la caída, en el incendio del avión? Me di cuenta de que no conversaba con Dios hacía mucho tiempo. Creía que Dios era injusto conmigo, pero después pensé que tuve que llegar a tocar fondo para poder hablar con él y debía pedirle perdón ⁵.

Comencé a llorar y le pedí a Dios con todo mi corazón que me oyera, porque reconocía que era yo quien me había alejado de él. Aquel fue el peor momento de mi vida: Perdí a mi padre y mi fe en Dios. Hablar con él, después de tantos años, no era conversar con un extraño. Me arrodillé y reconocí cuán equivocado estaba y cuánto necesitaba de él. Le hablé de mi debilidad, de mi impotencia y le entregué mi vida en sus manos, confiando en él. Le pedí perdón y le dije: “Dios mío, no quiero morir aquí. Quiero ver a mi familia, a mi madre y a mis hermanos. Devuélveme la fe, porque yo solo no puedo salir de aquí”.

Desde esos momentos todo cambió, sentía que creía en Dios, tenía paz. Era como si fuera un niño y tenía un juguete nuevo. Pasé la noche agradeciendo a Dios la recuperación de la fe. Y ese día fue el punto de partida de una nueva vida y de nuevas energías y deseos de seguir adelante, porque tenía esperanza, contando con la ayuda de Dios ⁶.

Ese día decidí seguir rumbo al sol. Caminar siempre en dirección a la salida del sol, hacia el este. El sol era mi guía y debía estar enfrente de mí. A veces lo perdía de vista por la altura de los árboles, pero trataba de encontrar su guía en algún valle o descampado. Estaba caminando mucho y, después de haber estado ocho días detenido, me sentía cansado y tuve que disminuir el ritmo. Mis manos parecían adormecidas, mis piernas se trababan. Era hipoglucemia. El nivel de azúcar en la sangre estaba muy bajo, porque estaba sin comer y había caminado mucho. Me senté y me desmayé. Cuando me desperté, tomé mi última lata de refresco, hice una hoguera. Descansé dos días y decidí continuar caminando.

Después de llover, en las cuevas podía resbalarme fácilmente y tenía mucho miedo de quebrarme una pierna. Pero tenía esperanza y sabía que, a pesar de tantas picaduras de insectos, del hambre, del dolor y de mis heridas, era una bendición estar vivo. Y debía seguir caminando, a pesar del peligro que

⁵ Ib. pp. 46-47.

⁶ Ib. pp. 52-53.

podía acechar de una onza (parecido al leopardo), de un caimán o de una culebra venenosa. Por eso caminaba haciendo ruido para espantar a un posible enemigo al acecho. No podía cazar porque mi cuchillo se había quebrado al segundo día de hacer la lanza, solo tenía la navaja, podía beber agua de los riachuelos y podía hacer fuego para calentarme en las noches y alejar a los insectos o animales.

Cuanto más caminaba, más cerca me creía cerca de mi familia y tenía más esperanza de verlos. Un día, sin la guía del sol por la sombra de los árboles, estuve una hora caminando en sentido contrario. Ese mismo día una araña grande me picó. Vi una marca roja y un dolor grande se esparció por todo mi cuerpo. Me senté y me acordé que, cuando pica un insecto o animales, es necesario estar en calma para que el veneno no se esparza rápidamente por todo el cuerpo. Pero el dolor era insoportable. Poco a poco fue calmándose y pude continuar el camino ⁷.

Otro día tuve que pasar por un lugar lleno de arbustos que parecían de bambú. Para pasar había que cortarlos y bajarlos con ramas. A pesar de todo, me herían sus espinas. Acabé exhausto. Era muy trabajoso dar un paso en ese lugar, pues las espinas me hacían sangrar los brazos. Sin embargo, un paso tras otro, pude salir del atolladero. Imploré la ayuda de Dios, porque no sabía qué hacer para salir de allí. Le decía a Dios: “Señor, dame fuerzas, ya no tengo fuerzas para seguir. Ayúdame”. Estoy convencido que fue la fuerza de tantas personas de distintas religiones que rezaban por mí las que me ayudaron en esos momentos ⁸.

Hacía tres días que no comía nada. Sentía dolor en el estómago y le decía a Dios: “Señor, gracias por ser tan bueno conmigo, ayúdame”. Y seguí, me encontré con una hermosa catarata de agua. Me quité la ropa y me puse a bañarme. Me quedé allí unas horas. Era como un regalo precioso, porque me sentí con más fuerzas para continuar ⁹.

Pudo comer algunas frutas de árboles de las que comían también los macacos, teniendo así la seguridad de que eran comestibles y no venenosas. Eso lo hizo en distintas ocasiones, como regalos de Dios que ponía en su camino.

Uno de los días oyó el ruido de un motor e imaginó que podía ser un dron o quizás una motosierra. Eran las cuatro de la tarde y tuvo que quedarse a dormir. Al día siguiente trató de oír ese ruido de motor y lo oyó de nuevo. El corazón le

⁷ Ib. p. 76.

⁸ Ibídem.

⁹ Ib. p. 81

dio un salto de la emoción y alegría de pensar que había gente cerca. Pero al caminar se encontró con un área encharcada y que allí podía haber serpientes venenosas y sanguijuelas. Pasó con miedo por esos charcos de agua y barro. El agua le llegó hasta la rodilla y se dio cuenta de que era más difícil de lo pensado. Consiguió pasar el lugar empantanado y de nuevo oyó el ruido de la motosierra. Tenía que pasar a la otra parte de un río y no podía pasar con la mochila. Intentó, pero no podía y cayó al agua. Era un buen nadador y lo intentó otra vez, pero tuvo que volver atrás con toda la mochila y sus cosas mojadas. Eran las dos de la tarde y buscó un lugar para secar las cosas y pasar la noche. Pidió al Señor que saliera el sol, pero cayó una de las mayores lluvias en todos aquellos días de selva. Tenía calambres por el frío y la humedad. No quería acampar cerca del río, porque un día había olido a carne y seguramente era un olor compatible con lo que la onza deja después de cazar y devorar la presa. Por fortuna, asegura que él la sintió, pero ella no lo sintió, quizás porque el viento iba en otra dirección, jugando a su favor.

A la mañana siguiente después de pasar el río, distinguió en medio de un descampado una cosa grande blanca. Se acercó y vio que era una lona blanca. Levantó la lona y vio una garrafa llena de agua y muchas castañas y un saco de harina. Bebió agua y oyó a alguien trabajando. Se puso nervioso, pensando cómo lo recibirían. No quería hacer ruido para no asustar a nadie. Finalmente vio un hombre y le dijo: *Soy Antonio Sena, piloto de avión*. Después comenzó a contarle su historia y le pidió castañas para comer. Él parecía tener miedo y tardó un poco hasta abrir las castañas. Entonces llegó otro hombre más hablador, oyó su historia y pensó que yo era un indio. Y lo invitaron a ir a la cabaña para descansar y comer.

Las personas que allí estaban lo acogieron con cariño, especialmente la mamá de esa familia, doña María Jorge, de 66 años, quien lo recibió como una madre a su hijo. Oyó cada palabra de su relato sobre los días que pasó en la selva. Ella le dio ropa seca para cambiarse y le dio leche caliente con azúcar. Durante los 36 días en la selva solo había comido frutas dulces y pidió sal. Le dio un puñado de sal y él, a pocos, la iba colocando en la lengua.

Con su radio, ella llamó a su hija que estaba en *Laranjal do Jari* y le pidió que telefonara a la familia de Antonio. Sus hermanos le pidieron datos de mi vida personal como fecha de nacimiento y otras cosas, pero solo cuando pidieron el nombre del perro de su hermano y les dijo que se llamaba Gancho, entonces creyeron que todo era verdad, pues nadie más que él lo sabía. Coordinaron el rescate y llegó al lugar de las castañas un helicóptero del gobierno, quien lo trasladó al aeropuerto de Santarem, donde le esperaban sus hermanos y muchos conocidos y amigos. Así terminó esa odisea para bien de su familia y para gloria de Dios por la recuperada fe de Antonio Sena, que agradecía a Dios por haberle

devuelto la vida, cuando ya creía que la muerte era inevitable, porque solo se sentía impotente de salir de la selva por su debilidad extrema, por su falta de comida y por los peligros y dificultades constantes que debía enfrentar.

En este caso, como en tantos otros, la fe en Dios le dio fortaleza para seguir luchando, cuando había tocado fondo humanamente y se sentía incapaz de poder sobrevivir.

EDMUND HILLARY Y EL EVEREST

Edmund Percival Hillary fue el primer hombre que junto con el sherpa Tenzing Norgay subió a la cumbre del monte más alto del mundo, el Everest. El nombre del Everest se debe al geógrafo inglés y fundador del servicio tipográfico inglés en la India George Everest, quien en 1852 determinó que ese monte era el más alto del mundo con sus 8.848 metros sobre el nivel del mar. Desde entonces cientos de alpinistas desearon llegar a la cumbre a lo largo de varios años y lo intentaron en expediciones de distintos países como suizos, franceses e ingleses especialmente.

La expedición en que iba Edmund Hillary era una expedición inglesa. Su jefe era John Hunt y había nombrado a dos ingleses, Tom Bourdillon y Charles e Evans, para que fueran los que intentaran llegar al Everest, en la cordillera del Himalaya en su expedición de 1953, pero no pudieron debido al agotamiento físico que sufrieron. Entonces, el segundo equipo nombrado para el asalto a la cumbre lo componía Edmund Hillary, de Nueva Zelanda, y el sherpa Tenzing Norgay que sí pudieron alcanzar la cumbre.

Tenzing, según su religión budista, dejó en la cumbre, en un hoyo, un paquete de galletas, un chocolate y unos dulces, mientras que Hillary dejó un pequeño crucifijo que le habían dado a Hunt, jefe del equipo. La expedición estaba compuesta de 14 alpinistas, 20 sherpas, también alpinistas, y unos 300 portadores, hombres y mujeres.

La expedición salió de Katmandú, la capital del Nepal, en marzo de 1953 y Hillary con Tenzing llegaron a la cumbre el 29 de mayo de ese mismo año 1953. Allí colocaron los banderines de la ONU, de Inglaterra, de Nepal y de la India. Fue una hazaña digna de grandes hombres, pues solo pudo conseguirse con inteligencia, organización y mucho esfuerzo y sacrificio por parte de todo el equipo y, especialmente, por los dos héroes que lograron llegar a la cumbre.

Veamos ahora lo que nos dice sobre esta hazaña el mismo Hillary en su libro *“Mi camino al Everest”*: *La expedición completa se reunió en Katmandú a*

primeros de marzo de 1953. Allí me encontré con John Hunt por primera vez. Me impresionó su dinamismo inmediatamente, su habilidad para organizar y su carácter amable... El 10 de marzo dejamos Katmandú para empezar una pausada marcha a pie al Everest. Durante 17 días caminamos colina arriba y abajo a lo largo del encantado Nepal con un tiempo perfecto. Nos bañamos en todos los ríos, probamos cantidad de comidas y dormimos bajo las estrellas. Llegamos al monasterio budista de Thyangboche y allí establecimos un campamento provisional. Desempaquetamos nuestros equipos y nos costó algunos días probarlos y adquirir práctica en su uso. Bourdillon en particular, nos dio un montón de valiosas instrucciones sobre el uso de los diversos aparatos de oxígeno. Nuestro plan era adecuarlos y acostumbrarlos a las mayores altitudes, llevándolos de exploración y a cortas escaladas por los glaciares, alrededor del Everest. Nuestro primer periodo de aclimatación duró desde el 30 de marzo hasta el 6 de abril. Nos dividíamos en pequeños grupos de tres o cuatro y desaparecíamos en diferentes valles. Todos nos reagrupamos en Thyangboche, el 6 de abril, y todo el mundo parecía haber tenido un viaje excelente. Todos nosotros habíamos escalado picos aproximadamente de 6.000 metros de altura y llevamos a cabo algunas exploraciones útiles. En conjunto, suponía un comienzo satisfactorio para la expedición.

Se planeó empezar en pocos días un segundo grupo de marchas de aclimatación. Fue emocionante cuando Hunt me pidió que tomara mi equipo del glaciar Khumbu para reconocer la pared de hielo del valle occidental. Mi equipo estaba formado por Michael Westmacott, George Band y mi petición especial, George Lowe. Sabía que la cascada iba a ser un duro trabajo, y me sentí contento por tener a mis viejos compañeros conmigo. Durante dos días nos dedicamos a maquinari y planificar; seleccionar tiendas, cuerdas, cocineros, pitones y demás; organizar nuestros víveres y conseguir la adecuada cantidad de combustible; comprobar el equipo de nuestros sherpas y elegir un equipo de culís ¹⁰.

En su programa de aclimatación cuidadosamente planificado, Hunt había reservado periodos de descanso a menor altura, tras un periodo de trabajo duro. Algunos no lo veíamos como un descanso, pero Hunt, sabiamente, insistía en que nos los tomáramos así. Todos descendimos al campamento del lago y, aunque nevaba pesadamente todas las tardes, pasamos una temporada bastante agradable, descansando, escribiendo cartas y reparando nuestro equipo. Varios días más tarde, volvimos y comenzamos en serio. Nuestra primera tarea fue la de hacer la ruta de la cascada suficientemente segura y fácil como para que los porteadores pudieran ascenderla. Algunos de los miembros del equipo, trabajando desde el campo base, se concentraron en la parte baja. Se trajeron

¹⁰ Edmund Hillary, *Mi camino al Everest*, Ed. Desnivel, Madrid, 2018, p. 84.

largas estacas de pino desde los valles y, éstas, junto a las secciones de nuestras escaleras de aluminio, se utilizaron para superar las grietas más difíciles y cortamos algunos de los 11 bloques de hielo más amenazadores. Sin embargo, a pesar de todo este trabajo, la ruta nunca fue realmente fácil o particularmente segura. Las caídas diarias de nieve borraban continuamente los trazados.

Mientras tanto, otro grupo trabajaba en la parte superior de la cascada. Westmacott y yo establecimos el campo tres y, desde allí, mejoramos el tramo inferior. Evitamos entrar en la ruta del contrafuerte, fijando una larga escalera de mano, de cuerda.

Aunque el campo tres estaba a la entrada del valle occidental, todavía estábamos separados de éste por una enorme grieta, la misma que nos había parado en 1951 y la que les dio tantos problemas a los suizos en 1952. La examinamos de cerca, pero no pudimos encontrar ningún puente para superarla. En un punto determinado estaba a tan sólo tres metros, lo que significaba que podríamos cruzarla con nuestra escalera de aluminio. La mañana del 25 de abril, Westmacott y yo intentamos abrirnos paso a través de la grieta. Después de un largo periodo de escalada dura, alcanzamos el muro lejano, donde una grieta corría hacia lo más alto. Pensé que podíamos superarla, pero se trataba de una ascensión difícil y peligrosa. Decidimos que estaba fuera de toda posibilidad para los porteadores, cargados, y volvimos al campamento.

*A última hora de la mañana, llegó un grupo numeroso —*Hunt, Evans, Noyce, Gregory y Tenzing*—, con muchos sherpas. Era el primer cargamento grande hasta la cascada y todo parecía haber ido muy bien. También era el primer viaje de Tenzing este año, por encima del campamento base, así que le pregunté qué pensaba de la ruta, y pareció bastante contento al respecto. Levantamos un gran campamento y el equipamiento y la comida fueron amontonados y cubiertos. Mike Westmacott, entonces, reunió a todos los porteadores extra y los llevó de nuevo hasta el campo base. Poco después del mediodía, empezó a nevar pesadamente y las tiendas se combaron bajo el peso de la nieve. A las cuatro de la tarde, estaba claro y frío. El pensamiento de Hunt se concentraba en sobrepasar la última barrera y llegar al valle occidental, inmediatamente, sugirió que utilizáramos el resto del día en construir un puente sobre la grieta grande. Hunt, Evans, Noyce, Tenzing y yo partimos, llevando tres tramos de metro ochenta de nuestra escalera de aluminio. La sujetamos con fuerza sobre el borde de la grieta y la colocamos lentamente en su lugar. Se extendía con casi medio metro extra, pero parecía un frágil vínculo sobre la profunda hendidura. Me subí a ella para probarla y, aunque se balanceó un*

*poco, parecía bastante estable. A pesar de lo tarde de la hora, la sangre de Hunt estaba ardiendo, estaba orgulloso de entrar en el valle occidental*¹¹.

El 26 de abril amaneció claro. Iba a ser nuestro primer gran día en el valle occidental. Hunt, Evans, Tenzing y yo íbamos a ir delante y completar la ruta, hasta la ubicación del campamento cuatro suizo. Noyce y Gregory nos seguirían con doce sherpas cargados. Hunt y Evans se ataron con una cuerda, y Tenzing y yo, con otra. Esta era la primera vez que escalaba con Tenzing o que, incluso, le veía escalar, y era interesante verle en acción. Tenzing, por su parte, estaba viendo obviamente las actividades del día con un considerable entusiasmo, dado el tiempo que había estado confinado en el campo base con las numerosas tareas que suponía organizar a los sherpas.

Tenzing señalaba la ubicación del campamento tres suizo y mencionaba que ellos habían dejado algo de comida allí. Hunt pensó que deberíamos echar un vistazo, así que Tenzing se dirigió hacia él. Encontramos unas pocas cajas y sacos enterrados bajo la nieve y los abrimos con entusiasmo. Pero, ¡ay de nosotros! y de nuestras esperanzas de fruta enlatada y delicias suizas. Todos los bultos contenían pemmican.

*El sol estaba ahora calentando mucho y como sus rayos se reflejaban con fuerza desde cada pendiente de nieve, el valle occidental se convirtió en un absoluto infierno. La combinación de la altitud y el calor produjo una laxitud que era difícil de superar. La nieve era profunda y suelta, y abrir huella era agotador. Me sentía en forma y tiré fuerte, Tenzing estaba entusiasmado con su tarea. Cruzamos muchas grietas, algunas de ellas muy escondidas y peligrosas. Después de una larga y calurosa batalla con la nieve profunda, escalamos la última pequeña pendiente hasta el campo cuatro suizo. Una vez más, un montón de cajas cubiertas de nieve y bolsas alegraron nuestros ojos. Empezamos a cavar y una cantidad considerable de comida salió a la luz: galletas, queso, copos de avena, bacon, jamón y otras rarezas se encontraban allí en suficiente cantidad como para hacer un placentero cambio de dieta y saciar nuestros voraces apetitos. Llegaron Hunt y Evans. Hunt parecía ojeroso y cansado. Ya nos estábamos acostumbrando a este hábito de llegar al límite, y la reacción consiguiente al final del día. Lo sorprendente era cómo se recuperaba por la noche y cómo, a la mañana siguiente, continuaba igual de fuerte*¹².

Propuse a Hunt que dos de nosotros probásemos seriamente nuestro aparato de oxígeno de circuito abierto. Había tenido algunos dolores de cabeza intentando instruirme en la mecánica del aparato, pero sólo lo había utilizado

¹¹ Ib. pp. 100-101.

¹² Ib. pp. 102-103.

durante media hora, en un trayecto de aclimatación. Como no había necesidad de oxígeno en las moderadas alturas de la cascada y en el valle occidental, el aparato de circuito abierto no había sido probado realmente. Mi sugerencia era la de que si el aparato se sometía a una prueba rigurosa y se nos permitía utilizarlo durante un día largo y duro, nuestra confianza en él aumentaría sensiblemente. Y la confianza iba a ser un factor vital, cuando empleásemos oxígeno a grandes altitudes. Pensaba que, si dos de nosotros pudieran subir al campo cuatro, desde el campo base, y bajar en el día sin oxígeno, habríamos demostrado su capacidad. Hunt, afortunadamente, aceptó la propuesta, y de la que Tenzing me acompañara.

El 1 de mayo nos despertamos muy temprano, para encontrarnos un tiempo frío y claro. Tomamos un desayuno rápido y nos colocamos nuestros aparatos de oxígeno sobre las espaldas. Conecté el de Tenzing y lo puse en marcha antes de hacer lo mismo con el mío. A las seis estábamos lejos. Sabía que nuestro oxígeno se acabaría hacia las once y media, así que marché rápido. Aceleramos por la cascada, pero no nos pesaban las 40 libras que llevábamos en nuestras espaldas. “Este oxígeno funciona”, pensaba, mientras caminábamos hacia el campo dos, tras menos de hora y media de caminata. Todo el mundo se encontraba en la cama. Hacía mucho frío. Una estufa estaba encendida y había café. Entonces, nos movimos de nuevo. Sugerí a Tenzing que se pusiera delante, pero sonrió y rechazó la propuesta con un gesto. Reanimados con la bebida caliente, no tuvimos problemas con los cinco o seis centímetros de nieve que había sobre el camino, y alcanzamos el campo tres después de cincuenta minutos de caminar a paso lento. Tuvimos un rato de agradable charla, nos tomamos otra taza caliente y continuamos. Cruzamos el largo puente sobre el campamento y comenzamos a movernos hacia el valle occidental. Para nuestro enojo, de repente, topamos con nieve profunda y reciente. Obviamente la nieve había caído mucho más por aquí, las huellas estaban completamente borradas. Seguimos con dificultades entre la nieve, que nos llegaba algunas veces hasta las rodillas. El sol golpeaba, y el calor y el deslumbramiento eran terroríficos. Pero sabía que no podíamos permitirnos descansar. Haciendo turnos, nos movimos con determinación y finalmente alcanzamos el campo cuatro a las once y media; habían sido dos horas de viaje desde el campo tres. Nos quitamos los aparatos, que estaban vacíos, y nos metimos en una de las tiendas para descansar. Considerando los esfuerzos que habíamos hecho, nos recuperamos muy bien, centrando nuestro interés en la comida y en la bebida ¹³.

Hunt había planeado descender con nosotros, pero estaba demasiado cansado como para ponerse en marcha de nuevo. A las cuatro y veinte, sin luz y

¹³ Ib. pp. 104-105.

sin oxígeno, Tenzing y yo nos precipitamos en una tormenta que crecía por momentos.

No habíamos hecho ni un cuarto de milla, cuando el viento y la nieve ya nos habían calado con una furia increíble. A los diez minutos, nuestras huellas estaban borradas completamente. Nuestras banderas, muy espaciadas, eran, la mayor parte de las veces, invisibles. Con el recuerdo como única guía, intuía mi camino hacia abajo a través de la niebla, gimiendo, con el esfuerzo de abrir huella otra vez. Cada vez que una bandera aparecía delante o detrás de mí, la miraba como a un viejo amigo y buscaba ansiosamente la siguiente. Ya empezaban a caer grandes aludes desde los tremendos flancos del Lhotse y del Everest, barriendo el valle occidental. A veces, tenía que parar y esperar unos minutos, doblado contra el viento, hasta que un ligero claro me permitía ver algo un poco más adelante. Entonces, continuaba. Nuestro ritmo era lento, pero, de alguna manera, fuimos bajando a tientas. Fue un gran alivio, cuando encontré el puente sobre el campo tres. Nos arrastramos a través de él y, lentamente, bajo un horrible granizo, hicimos el camino hasta el campamento. Con un duro golpe, me di cuenta de que allí no había tiendas. Había olvidado que se habían subido al campo cuatro. No teníamos por qué parar, así que continuamos.

Ahora, a pesar de la falta de visibilidad, era terreno conocido. Abrí huella hacia abajo, pasando la mitad del tiempo con la nieve hasta la cintura en agujeros escondidos, y la otra mitad arrastrándome fuera de ellos. La luz estaba desapareciendo, pero de repente la nieve aflojó, mejorando la visibilidad, y nos apresuramos hacia el campo dos. No había nadie allí. Se veían tiendas, comida y sacos de dormir, pero mientras miraba todo esto, pensaba en el confort del campo base.

Decidí que el riesgo merecía la pena y continué. Empecé a bajar la zona. Con la leve luz, y bajo el manto de nieve, era una vista escalofriante y terrorífica. Agujeros negros se abrían a cada lado de nosotros. Durante un horrible momento perdí completamente el sentido de mi dirección y busqué la ruta. De repente reconocí la sombra de una pieza de hielo y supe que estábamos en la ruta correcta. Estábamos casi en completa oscuridad, y todos los bloques caídos parecían los mismos. Era imposible intentar seguir cualquier ruta, así que trazamos una línea a través del terreno, de bandera a bandera. Cuando no podía ver una bandera, me mantenía en la misma línea y me abandonaba a la suerte. Seguimos en una carrera salvaje contra la luz, escalando bloques de hielo y deslizándonos por el otro lado con nieve hasta la cintura; entonces subíamos el siguiente bloque. Durante un rato pareció como si nos encontrásemos perdidos. Estábamos bajando todavía, pero no podía reconocer nada, porque la oscuridad y la nieve caída le daba a todo el mismo aspecto. Abrir huella en la nieve profunda era un trabajo duro, así que dejé que me

relevara Tenzing. Tan pronto como él se puso delante de mí, la cuerda devolvió la perspectiva al paisaje. Empecé a reconocer partes de la ruta otra vez. Grité a Tenzing para que se moviera más hacia la derecha. En un momento, nos deslizábamos pendiente abajo. Cuando cruzamos el último puente, la oscuridad era absoluta en la cascada. Ya no era peligroso, pero no teníamos linterna, y no podíamos ver nada. Bajamos a tientas, cayendo por algunas pendientes, corriendo por muros invisibles y tropezando con rocas ocasionales. Las luces del campo base eran una señal de bienvenida. Mientras bajábamos la última pendiente, empezamos a darnos cuenta de que estábamos muy cansados.

Al día siguiente, la mayoría de nosotros descendimos valle abajo para descansar en Lobuje. Ver la hierba verde y las flores de nuevo fue un tónico que nos permitió descansar, sin prisa, al sol, riendo y hablando. Nuestro apetito aumentó. Casi podíamos sentir la carne volver a nuestros huesos. Cuando volvimos al campo base, tres días más tarde, estábamos muy frescos y animados para continuar con el asalto. El equipo de reconocimiento de la cara del Lhotse estaba allí cuando llegamos, así que les acribillamos a preguntas. Aparentemente, se encontraron con muchas dificultades, pero habían establecido el campo cinco a 6.900 metros. En un último intento, Evans y Bourdillon habían alcanzado los 7.050 metros. Tenían dos conclusiones principales. Primero: la cara del Lhotse iba a ser una dura propuesta; segundo: los aparatos de oxígeno de circuito cerrado funcionaban extremadamente bien ¹⁴.

Hunt explicó sus puntos de vista sobre la cara del Lhotse, el establecimiento de un sustancial campo en el Collado Sur, instalar un campo muy avanzado a 8.400 metros y, finalmente, los dos asaltos con diferentes tipos de aparatos de oxígeno. No había nada nuevo en todo esto y, en todas las caras, se podía leer el mismo pensamiento: “Date prisa, John; dínos cuál es la tarea que tenemos encomendada”. John Hunt cogió su lista y empezó a leer. Cada vez que un nombre aparecía con su tarea seleccionada, se podía oír cómo se relajaba la tensión de los pulmones tensos con un silencioso siseo de satisfacción.

El problema duro del Lhotse les había sido asignado a Lowe, Westmacott y Band; el trabajo vital de llevar un gran número de porteadores sherpas hasta el Collado Sur, a Noyce y Wylie; el primer asalto, utilizando los poderosos aparatos de oxígeno de circuito cerrado, a Evans y a Bourdillon; Hunt y Gregory eran el equipo de apoyo para establecer el campo nueve a 8.400 metros, y Tenzing y yo éramos el segundo equipo de asalto, con el equipo de oxígeno de circuito abierto.

¹⁴ Ib. pp. 106-107.

Tenzing estaba en la tienda con nosotros y Hunt le explicó, en su fluido indostaní, los detalles del plan y la distribución de las tareas. Cuando Hunt dio su nombre, Tenzing sonrió como si estuviera satisfecho. De hecho, pienso que había gran satisfacción general, excepto por el pobre Mike Ward, quien se había quedado como reserva. La responsabilidad de ser el oficial médico restringía sus actividades como escalador.

Pusimos el plan en marcha enseguida, pero, ya desde el principio, el equipo de la cara del Lhotse se agotó. Band cogió una gripe y tuvo que volver al campo base, y Westmacott, aunque lo intentó una y otra vez, parecía incapaz de subir más de los 6.600 metros. Así que el peso de la tarea cayó sobre los hombros de George Lowe. Hacia el 11 de mayo, George estaba establecido en el campo cuatro, a una altitud de 6.900 metros. Su único compañero era un duro y fuerte sherpa, Ang Nyima. Bajo terribles condiciones meteorológicas, estos dos hombres trabajaron contra grandes dificultades, colocando cuerdas fijas en los lugares más peligrosos, tallando innumerables peldaños en las empinadas pendientes y transformando esta ruta altamente técnica, para que los porteadores cargados pudieran seguirla.

Decididamente, el tiempo nos estaba preocupando. Durante seis semanas no pasó un día sin nevar, y parecía que iba a empeorar. Nos temíamos que el monzón pudiera adelantarse y que nuestros intentos de alcanzar la cumbre estuvieran condenados al fracaso. Yo trabajaba en el valle occidental, llevando los equipos de sherpas desde el campo tres al cuatro una y otra vez. Durante cinco días tuvimos nevadas particularmente fuertes y durante esas cinco mañanas tuve que abrir huella, a través del valle occidental, en medio metro de nieve reciente.

Para el 14 de mayo, la mayoría de nosotros nos habíamos movido al campo cuatro. George Lowe había tenido éxito llevando la ruta hasta los 7.200 metros, y encontrando un lugar para el campo siete.

El 15 de mayo le eché mi primer vistazo de cerca a la cara del Lhotse. Noyce y yo, con tres sherpas, llevamos cargas hasta el campo seis. George estaba allí, disfrutaba de un día de descanso, pero, a pesar de esta larga estancia a tan considerable altitud, todavía estaba fresco y en forma. Elegí algunos trastos —una tienda, un infiernillo, algo de comida y gasolina—, los dividí entre los tres sherpas y yo, y los llevamos hasta el campo siete. Llevar la carga y abrir huella era una tarea dura, a esta altitud, sin oxígeno. Para mí supuso una gran emoción llegar a los 7.200 metros, porque nunca había estado a tanta altitud, y me animaba comprobar que hubiera podido ir todavía un poco más arriba. Volví al campo base con una viva impresión de las dificultades y de

la inclinación de la ruta, y una gran admiración por el trabajo que Lowe y Nyima habían realizado.

Ahora comenzaba el periodo más frustrante por el que tuvo que pasar la expedición, parecía que el ataque se estuviese resquebrajando. Desde nuestra privilegiada posición en el campo avanzado, podíamos ver todas las actividades de la cara del Lhotse con los prismáticos, y todas las mañanas, una nutrida fila de escaladores, muy preocupados, miraban ansiosamente hacia arriba. Y nadie estaba más ansioso que John Hunt.

El 16 de mayo, George Lowe y Wilf Noyce parten desde el campo seis hacia el siete, pero a mitad de camino regresan. George se había tomado una pastilla para dormir y estaba medio ido: ¡un día vital perdido!

El 17 de mayo, George y Wilf alcanzan el campo siete y realizan una corta exploración por arriba. La excitación en el campo base cuando partieron era intensa. Hunt se encontraba más esperanzado de lo que había estado toda la semana. Vimos sus diminutas figuras moverse lentamente, por la gran extensión de la cara superior del Lhotse. Parecía, realmente, como si ellos pudieran llegar a lo más alto del glaciar del Lhotse y atravesar hacia el Collado Sur. Quizá pudieran llegar al mismo Collado Sur. Entonces, de repente, pararon y se volvieron. Nuestra decepción fue enorme ¹⁵.

El 19 de mayo, mirábamos hacia el campo siete con gran impaciencia, pero no había señales de actividad. Soplaban un fuerte viento, que aminoró hacia las once de la mañana. Todavía no había señales de vida. John estaba muy deprimido ante la falta de progresos. Band subió hasta el campo siete con cargas y nos comentó que George pensaba que hacía excesivo viento y demasiado frío para empezar...

Se estaba perdiendo un tiempo valioso, nuestros progresos montaña arriba estaban virtualmente parados. Obviamente, la situación pedía una acción drástica. John Hunt tomó una decisión drástica y valiente. Decidió comenzar inmediatamente con la siguiente fase de la operación: el traslado del equipo y de la comida al Collado Sur. La ruta no estaba terminada aún, así que esos hombres tendrían que abrir lo que faltaba. Noyfe, que lideraba el primer grupo de sherpas, tenía la enorme responsabilidad de ver si llegaban. El 20 de mayo, él y sus nueve sherpas escalaron lentamente hasta el campo siete. Más tarde, ese mismo día, George Lowe y sus compañeros volvieron al campo avanzado. A pesar de su larga estancia, diez días en la cara del Lhotse sin oxígeno, George se

¹⁵ Ib. pp. 108-109.

encontraba asombrosamente en forma, y declaró que estaría preparado para volver a la acción tras unos días de descanso.

El 21 de mayo salimos fuera de las tiendas a una hora inusualmente temprana, porque sabíamos que era, probablemente, nuestro día más crucial. ¿Empezarían los sherpas? Era la pregunta que no parábamos de hacernos. Durante un largo rato no pasó nada, y un sentimiento de depresión generalizada se extendió por el campamento. Entonces, a las diez de la mañana, hubo un grito, miramos arriba y vimos dos puntos escalando por encima del campo siete. Los sherpas se habían negado a empezar, así que Noyce y el duro de espíritu, Annullu, estaban intentando cruzarlos ellos mismos, utilizando oxígeno. Nuestra excitación aumentaba mientras les veíamos escalar continuamente por el glaciar del Lhotse y moverse con fuerza, hacia la izquierda, a través de la gran travesía que llevaba hasta el Collado Sur. Con cada metro que ellos ganaban, los ánimos se elevaban en progresión.

Tras echar un vistazo a las dos figuras que escalaban más y más arriba, hacia el Collado Sur, me acerqué a la tienda de John Hunt. Evans ya estaba allí. Le rogué que nos dejara a Tenzing y a mí subir y ayudar con un empujón en el esfuerzo del día siguiente. Sabía que, utilizando oxígeno, Tenzing y yo podríamos ir fácilmente del campo cuatro al siete por la mañana y que la sola presencia de Tenzing podría ser suficiente para que los sherpas se animaran a actuar. Estaba igualmente convencido de que estábamos tan en forma que este esfuerzo no nos afectaría seriamente. Para mi sorpresa, John estuvo de acuerdo —seguro que él había decidido lo mismo—; pero dejó clara la importancia de que no subiéramos más arriba del campo siete, a menos que fuera absolutamente necesario.

Corrí para darle a Tenzing las buenas noticias y ayudé a Bourdillon a preparar los aparatos de oxígeno. Alcanzamos el campo siete a las cuatro y media, y Noyce y Annullu volvieron media hora más tarde. Lo habían hecho magníficamente bien y habían alcanzado el Collado Sur. Sentía que habían roto el maleficio que parecía tenernos bloqueados abajo. Por la tarde, Tenzing se mostró imprescindible: él y Wylie organizaron todas las cargas y las situaron en los sherpas, así que podíamos empezar. Mientras nos arrastrábamos a las tiendas para pasar la noche, el estado de ánimo general era excelente y, recordando las instrucciones de Hunt, le pregunté a Tenzing si pensaba que los sherpas podrían llegar al Collado Sur yendo solos. Tenzing pensó que no. Wylie estaba preparado para llevar el grupo entero hasta arriba, pero estuvimos de acuerdo en que pedir a un hombre solo que cuidara de catorce sherpas era esperar demasiado. Decidimos que tendríamos que continuar.

La mañana estaba bien, aunque fría, con un poco de viento. Comenzamos a cocinar a las cinco de la mañana, pero no partimos hasta las ocho y media.

Tenzing y yo marchábamos delante, abriendo huella y equipando la ruta, mientras Wylie convencía y ayudaba a los sherpas. Para cuando alcanzamos la Cumbre del glaciar del Lhotse, los sherpas se sentían ya cansados. En la travesía, muchos de ellos estaban tumbados descansando y arrastrándose sobre sus manos y rodillas. Pero, de alguna manera, seguían, y trece sherpas de corazón valiente escalaron los últimos metros y dejaron sus cargas en el Collado Sur. Fue un gran triunfo. Significaba que el segundo problema había sido resuelto; las férreas defensas de la cara de Lhotse habían sido superadas y el Collado Sur, conquistado. La ruta estaba abierta para el asalto final.

Mientras Tenzing y yo descendíamos por el glaciar del Lhotse, hasta el campo base, nos cruzamos con un equipo muy cargado. Era el equipo de Evans y Bourdillon, con el mismo Hunt. Dentro de dos días estarían acampados en el Collado Sur. El ataque estaba en marcha ¹⁶.

La vida, por encima de los 6.300 metros, no te deja sentirte demasiado alegre. De repente, mi cabeza se aclaró y recordé que hoy no era un día ordinario. Probablemente para mí era el día más importante de todos, porque empezaríamos con la escalada larga de la parte de arriba, que podría, con suerte, acabar en la cumbre del Everest.

A la media hora, una cara sonriente de sherpa apareció en la puerta de la tienda, con grandes tazas de té. Quizá denominarlo té fuese un piropo. Sólo un hombre con una constitución de hierro podría afrontar una taza de eso con placer, un líquido marrón recalentado, con grandes grumos de hojas de té, de leche en polvo y restos del estofado de la noche anterior. “Té de altura”, lo llamábamos, y lo veíamos como algo necesario que debíamos introducir en el interior del estómago, poco dispuesto, por otra parte, a admitir cualquier cosa a cualquier precio. Me tragué con asco la mitad y, estimulado por su calidez, me arrastré fuera del saco de dormir. Me sentía terriblemente débil. Por un momento, el pensamiento de que quizás la altitud me estuviese afectando atravesó por mi cabeza. Pero la lógica me recordó que siempre me sentía así por la mañana. Vestirse era un proceso sencillo, ponerse las botas simplemente, pero parecía un gran trabajo. Me arrastré, y salí de la tienda dando bandazos. El sol se acercaba a nuestro campamento y, con cierta falta de entusiasmo, miré montaña arriba para observar el viento. Parecía de lo más descorazonador. El penacho habitual de nieve en polvo brillaba por su ausencia, y la larga cresta del Lhotse, normalmente azotada por el viento, parecía tranquila y quieta. Con mis suelas de goma me deslicé por la superficie helada y me moví cuidadosamente hacia la tienda de Tenzing, gritando a modo de saludo.

¹⁶ Ib. pp. 110-111.

Su sonrisa abierta pronto mostró que comprendía mis previsiones optimistas y se arrastró fuera del saco. Empecé a preparar nuestros aparatos de oxígeno, comprobando la presión de las botellas, examinando cuidadosamente los tubos, la válvula y el regulador. Puse en funcionamiento todas las válvulas y escuché cuidadosamente cómo salía el oxígeno por las máscaras, con una serie de resoplidos roncós. Todo parecía ir bien. No podíamos permitirnos que algo funcionara mal ahora ¹⁷.

En el campo cinco, mil metros por encima de nosotros, podíamos ver a Lowe y a Gregory, con ocho sherpas, bajando tortuosamente la cara del Lhotse. Iba a apoyarnos en nuestro ataque y había ido la tarde anterior al campo cinco para reducir su escalada al campo siete. Tenzing y yo lanzamos a la espalda nuestras pesadas cargas y nos pusimos las máscaras de oxígeno. Para mantener nuestras fuerzas, utilizábamos oxígeno durante todo el camino, desde el campo cuatro. Miré cuidadosamente el aparato de oxígeno de Tenzing. Tenzing pidió que se le permitiera subir hasta el Collado Sur sin oxígeno, ya que su experiencia del año anterior con el equipo de oxígeno del grupo suizo le había demostrado que no servía de mucho. Ahora, a través de la experiencia extra y la práctica, se dio cuenta de todos sus beneficios. Pero los sherpas, cuya vida era principalmente, una vida simple, completamente desprovista de aparatos científicos y mecánicos, no podían entender las complicadas operaciones de un aparato de oxígeno. Siempre se tenía que preparar el aparato para ellos, conectar los tubos necesarios, ponerlo en marcha y, de hecho, asegurarse de que estaba funcionando. Tenzing no era la excepción.

Los dos aparatos parecían estar funcionando bien. Atamos nuestra cuerda de nailon alrededor de nuestras cinturas, comprobamos que no nos dejábamos nada atrás y, con una señal al equipo, que nos deseó buena suerte, y las palabras “os veremos subir”, sonando en nuestros oídos, salimos del valle occidental. La ruta había sido pisada por muchos pies. Ascendimos las fáciles pendientes de nieve, que parecían una gigantesca serpiente, cambiando de dirección, para evitar las grietas imposibles o peligrosas. Ascendimos sin descanso. El tiempo era perfecto, apenas soplaba el viento. Alrededor de nosotros se elevaban las tremendas rocas y las tremendas paredes de hielo del valle occidental y, aún más arriba, estaba el azul increíblemente profundo del cielo. Pero, encantadora como resultaba la escena, parecíamos separados de ella por la máscara de oxígeno. En el aire fino, cada escalón requería un continuo esfuerzo para respirar y requería toda nuestra atención. Me sentía ahora en una forma excelente. Lejos, por encima de nosotros, Lowe y Gregory, con sus sherpas, estaban escalando un empinado tramo de la cara helada del Lhotse. La posibilidad de poder alcanzarlos rondaba mi cabeza, pero la rechacé

¹⁷ Ib. pp. 112-113.

por ser algo imposible. Casi inconscientemente, aumenté el ritmo. Mi carga de 45 libras tiraba de los hombros, mientras nos movíamos hacia arriba. Miré a Tenzing. Parecía ir bien. La ruta cruzó un puente de nieve inestable.

Y llegamos al campo cinco. Un campamento desierto es siempre una visión deprimente, y ésta no fue la excepción. Tres o cuatro tiendas hundidas en un área de nieve sucia y pisada, y envases vacíos por todas partes; desde latas de carne de buey a botellas de oxígeno. Nos quitamos las cargas y descansamos brevemente. Nuestra vista, era soberbia. Los grandes contrafuertes revestidos de hielo del Nupse y de la cara oeste del Everest guardaban la entrada del valle, mientras, encuadrado entre ellos, estaba el pico bien proporcionado del Pumori. Por encima de nosotros, el primer equipo iba bien y había alcanzado casi el campo seis. Tras un descanso de diez minutos, nos colocamos las cargas de nuevo; con resignación, pusimos en marcha los aparatos de oxígeno y continuamos hacia arriba.

Estábamos escalando ahora pendientes mucho más empinadas, pero la ruta aún era directa. Travesías largas y graduales nos ayudaron a ganar altura más fácilmente. Nos acercábamos a los primeros grandes farallones de hielo de la cara del Lhotse y seguimos directamente hacia ellos. Con mucho cuidado, cruzamos una grieta de apariencia peligrosa, escalamos una corta aunque inclinada protuberancia de nieve y alcanzamos una terraza pequeña. Nos despojamos de las cargas, desconectamos los aparatos de oxígeno y nos quitamos las máscaras. Todo parecía enfocarse de nuevo, mientras el aire fresco jugaba sobre nuestros semblantes acalorados. Nos sentamos en la nieve, respirando lenta y profundamente y disfrutando la extensión maravillosa del glaciar, la cresta y los picos que había frente a nosotros.

Teníamos un trabajo duro y difícil por hacer. Nos ajustamos los crampones a las botas, comprobamos la cuerda al encordarnos y cambiamos nuestros aparatos de oxígeno. Entonces, empezamos la primera pendiente realmente empinada. Una gran escalera había sido tallada en el hielo verde y duro y, mientras escalábamos lentamente, agradecemos la larga cuerda fija que utilizamos como sujeción para las manos. Con una clara consciencia del gran precipicio que había bajo nosotros, nos arrastramos a través de un resalte vertical estrecho, por encima de un muro de hielo vertical. Encima de nosotros se perfilaba una hondonada empinada y estrecha. Nunca me gustó esta hondonada, porque en lo más profundo de ella había una enorme grieta cruzada por el puente de nieve más inestable del mundo, puente de nieve que, con cada cruce, se hundía más y más hacia alguna profundidad tenebrosa. Y para hacer peor las cosas, la hondonada estaba dominada por un pináculo de hielo, de

*apariencia malvada, que parecía que se fuera a caer en cualquier momento, barriendo toda la hondonada. No había escape, teníamos que seguir*¹⁸.

De repente, pudimos ver el campo seis, un saliente diminuto bajo una cascada de hielo. Con un sentimiento de alivio, escalamos hasta él.

Diez días antes, el campo seis había sido la base principal para las operaciones en la cara del Lhotse, pero ahora sólo conservaba el nombre. Algunas piezas sueltas de equipo, unas pocas cuerdas y algunas latas vacías eran la única evidencia dejada de un incómodo, pero esencial, punto de estacionamiento. Nos sentamos en el saliente y colgamos los pies en la pendiente de abajo, Parecía horriblemente inclinada. Cogí una botella de oxígeno vacía que estaba por allí y la dejé caer por la pendiente. Con una vertiginosa velocidad se deslizó por el hielo, yendo más y más rápido. Se lanzó al aire por encima de un gran precipicio y, entonces, pareció flotar graciosamente durante un largo rato, antes de rebotar contra un pináculo de hielo y desaparecer en las profundidades de la grieta. Con un sentimiento hueco, me arrastré un poco más lejos por el saliente. Éste no era, ciertamente, un lugar donde caerse.

Nos movimos de nuevo, sorteando grietas y escalando algunas pendientes de hielo empinadas, pero cortas. Una larga travesía hacia la izquierda nos permitió ganar una considerable altura y nos llevó al pie de una gran línea de resaltes de hielo desgajados. Nos movimos a lo largo de su base, gateando entre escombros rotos y, entonces escalamos una pendiente larga y empinada.

Comenzamos los últimos cientos de metros; un movimiento cuidadoso, a lo largo de una cornisa de hielo, con una grieta profunda a la izquierda, una escalada lenta y precavida de un empinado resalte de hielo, y estábamos al pie de las pendientes finales. Habíamos escalado mil metros y nos sentíamos un poco cansados. Con el sentimiento placentero de un trabajo casi terminado, lentamente superamos la última línea de peldaños, ascendimos un lateral de un pináculo de hielo y aparecimos justo bajo las tiendas del campo siete. Miré mi reloj: eran sólo las doce y media. Lo habíamos hecho en tres horas y cuarto, fácilmente el mejor tiempo hasta ahora. Con un resplandor de satisfacción enfermiza y escondida, entré en las tiendas y felicité a Lowe y a Gregory.

Esa mañana fue la mejor que habíamos tenido en el campo siete desde hacía seis semanas. El sol pegó considerablemente y apenas hubo una brizna de aire. Sentíamos realmente que el tiempo estaba cambiando a mejor y parecía que íbamos a tener esa posibilidad de disfrutar de esos días de buen tiempo que resultaban esenciales para el éxito de nuestro ataque. En una desacostumbrada

¹⁸ Ib. pp. 114-115.

moda, paseamos por el campo haciendo fotos y disfrutando de la vista. Ordenamos todo para el día siguiente; se prepararon las cargas para los sherpas y los aparatos de oxígeno se recargaron con botellas llenas. Ocho sherpas pasaron la noche con nosotros en el campo siete. Tres de ellos eran hombres especialmente escogidos, con buenos currículos, y a quienes habíamos mantenido como reserva para llevar las cargas al campamento, que esperábamos establecer a unos 7.400 metros. Los otros cinco eran un magnífico grupo de hombres que habían llevado cargas para nosotros al Collado Sur antes, y se habían ofrecido como voluntarios para hacerlo una segunda vez.

El sol desapareció detrás de un pico lejano y el frío helador descendió. Pero estábamos confortablemente dentro de nuestros sacos, tomando una taza de sopa caliente y mordisqueando unas pocas galletas. Descansando aquí, en nuestros cómodos sacos de dormir, rodeados por compañeros agradables, éramos poco conscientes de nuestros 7.200 metros, y la vida no parecía demasiado mala. Para garantizarnos un descanso correcto, utilizamos oxígeno¹⁹.

Al día siguiente. No hubo un comienzo suave que nos permitiera ir calentando, porque nuestro primer movimiento fue cruzar una larga grieta por un puente de nieve difícil y peligroso. Escalando con cuidado, muy hábilmente, nos aseguramos unos a otros con la cuerda y seguimos la línea de peldaños tallados a través de la empinada pendiente de nieve de arriba.

Estábamos a 7.500 metros, a nuestra izquierda podíamos ver los fantásticos pináculos de hielo en la cresta del gran muro de la montaña, que cerraba el valle occidental por el sur. Más allá de esos pináculos se veían valles llenos de nubes y picos afilados, pareciendo extenderse cientos de millas a través de Nepal. Un murmullo de voces y algunos gruñidos por el esfuerzo nos confirmaban que los otros estaban cruzando la grieta y pronto aparecieron, moviéndose laboriosamente, y con una acción lenta y estudiada. Con jadeos de alivio, los sherpas se echaron a descansar junto a nosotros. Nuestros cinco sherpas del Collado Sur parecían alegres y en forma, pero Lowe nos contó que los tres especialistas en altitud no iban bien. Esto era una preocupación, porque esperábamos tener una buena ayuda de ellos.

Estaba masticando un poco de chocolate, cuando un grito de George atrajo mi atención. Miré en la dirección que señalaba y sentí una de las mayores emociones de mi vida. Muy por encima de nosotros aparecía la cima sur del monte Everest, unida al Collado Sur por la larga cornisa del sureste. Y moviéndose por esa cornisa había dos diminutas figuras, era el primer equipo de asalto, Evans y Bourdillon. Les vigilamos con excitación. Iban bien, muy bien.

¹⁹ Ib. pp. 116-117.

*Sabíamos que su primer objetivo era alcanzar la cumbre sur, pero nuestras esperanzas eran altas, y pensábamos que podrían tener tiempo y energía suficientes para ir hasta la cumbre. Entonces, vimos otras dos figuras a algo de distancia por detrás, caminando bastante más lentos. Según nuestros planes, éste debería ser John Hunt y dos sherpas, portando cargas de equipo y oxígeno hasta la cornisa, para que las utilizara el segundo equipo de ataque cuando estableciéramos nuestro campamento. Pero, aparentemente, sólo uno de los sherpas había comenzado. Evans y Bourdillon marchaban con gran estilo, y la brecha entre ambos grupos aumentaba constantemente. sintiéndonos muy excitados, nos cargamos de nuevo y empezamos la gran travesía que nos llevaba hasta el Collado Sur. Los sherpas, completamente convencidos de que los dos hombres iban a alcanzar la cumbre, estaban muy alegres y ruidosos*²⁰.

*Vimos que Hunt y el sherpa Da Namgyal se movían lentamente. Espoleados por su propio agotamiento gané altura rápidamente y fui en su busca tan veloz como podía sin oxígeno a esa altitud. Cuando se acercaron, pude observar lo cansados que estaban por sus rígidos y patosos movimientos. Los alcancé justo cuando un exhausto Hunt caía en el hielo una vez más y estaba terriblemente agotado a causa de su prisa en dejar provisiones de oxígeno en la montaña tan alto como pudo. Había dejado su botella abajo en las tiendas. Puse el brazo de Hunt por encima de mi hombro, lo sujeté con firmeza alrededor de la cintura y comenzamos a bajar la pendiente de nieve de nuevo. Íbamos muy lentos y se hacían necesarios frecuentes descansos. Cuando John Hunt resbaló en el hielo, corrí a traer algo de oxígeno de mi aparato. Puse la máscara de oxígeno en su cara al flujo máximo y tuvo un efecto inmediato. Pronto era capaz de arrastrarse sobre los pies y con mi asistencia se movió lentamente por las pendientes hasta las tiendas*²¹.

Evans y Bourdillon, los escogidos para el primer asalto a la cumbre estando ya a 8.460 metros decidieron bajar por estar agotados. Tenían hielo en la ropa, en los aparatos de oxígeno y en la cuerda. A pesar de su cansancio, los dos hombres llevaban en sus manos dos botellas de oxígeno, oxígeno del que los suizos se habían desecho al pie de la canal, el otoño anterior. Bourdillon había pensado que podrían resultar útiles para dormir en el Collado Sur. Les cogimos las botellas y empezamos a ayudarles ladera abajo. Pronto nos encontramos con Hunt y Gregory, y después llegó Tenzing con sopa caliente. Lentamente quitó la nieve de sus barbas y puso la humeante taza de sopa en sus labios. Llevó un largo rato superar la pequeña pendiente que llegaba hasta las tiendas.

²⁰ Ib. pp. 118-119.

²¹ Ib. p. 121.

Evans y Bourdillon tenían mucho que contar. Su plan original era el de partir muy temprano, pero habían tenido grandes problemas a la hora de conectar los aparatos de oxígeno. Las válvulas no paraban de congelarse y, a veces, parecía que no iban a funcionar. A las siete y media consiguieron que arrancaran y partieron del Collado Sur. Respiraban casi oxígeno puro y esto les daba gran vigor, así que fueron capaces de escalar hasta la arista sureste y ganar mucha altura por ella. A unos 8.460 metros —más alto de lo que nunca había estado un hombre— alcanzaron el pie de la larga y muy empinada pendiente que corría hasta la cima sur. Pudieron ver que delante de ellos no había muchos lugares donde descansar y decidieron cambiarse la botella de oxígeno entonces, a pesar de que aún no estaba vacía. No podían arriesgarse a quedarse sin oxígeno mientras escalaban algo difícil o peligroso. Dejaron sus botellas, casi vacías, en la arista, como reserva, y reanudaron la marcha. Algo pasaba con el aparato de Evans. A pesar de los esfuerzos por arreglarlo, nunca tuvieron un éxito rotundo. Debió de ser terriblemente frustrante para Bourdillon, que había puesto mucho trabajo y esperanza en el oxígeno de circuito cerrado. Impaciente por seguir, Bourdillon continuó escalando las pendientes, con Evans siguiéndole, con problemas considerables al respirar. Resultaba increíble que pudiera seguir andando.

Tras una feroz lucha, alcanzaron el primer objetivo —la cima sur—y fueron los primeros hombres en mirar por la arista hacia la cumbre. Nos contaron que la arista parecía una barrera realmente formidable. Entonces tuvieron que tomar una decisión difícil: ¿debían continuar o volver? Sólo les quedaba una cantidad de oxígeno limitada, se notaban cansados y la cresta era más difícil que cualquier otra cosa con la que se hubieran enfrentado, pero para equilibrar estos factores estaba el pensamiento atormentador de que la ambición de su vida estaba casi a su alcance: la cumbre del Everest. Evans opinaba que no tenían ni el oxígeno ni la energía para continuar con seguridad, mientras que Bourdillon pensó que tendría una posibilidad si lo intentaba solo. Después de una discusión, Bourdillon aceptó bajar, con desgana. Su camino de vuelta debió de ser una pesadilla. Demasiado cansados para escalar con seguridad, descendieron con constantes resbalones y caídas, y sólo un destino favorable les libró del desastre.

Pero habían bajado —eso era lo principal— tras una demostración de valentía y resistencia. Nos sentimos muy regocijados y animados por sus esfuerzos. Nos preparamos para pasar la noche. Los tres porteadores sherpas estaban juntos en la tienda pequeña; Hunt, Evans y Bourdillon, en un generoso esfuerzo para dar al segundo equipo de asalto toda la comodidad extra que pudiera mantener sus fuerzas, amontonados en la tienda Meade; Lowe, Gregory, Tenzing y yo estábamos en la gran tienda piramidal.

Todos nos sentíamos hambrientos, lo cual era una buena señal, así que pasamos las siguientes horas degustando una buena comida con nuestros recursos limitados: galletas, jamón, miel, dátiles, sardinas, chocolate, queso, fruta enlatada y sopa caliente fueron los ingredientes principales, pero, probablemente, aplacamos la mayoría de nuestras necesidades bebiendo, taza tras taza, agua caliente aromatizada con cristales de limón y endulzada con gigantescas cantidades de azúcar. El azúcar constituía nuestro principal sustento, cada uno de nosotros se comía casi media libra al día. La miel era una delicatessen, dado que no habíamos traído mucha con nosotros. Pero en el Collado habíamos encontrado dos envases que los suizos dejaron el otoño anterior y el contenido estaba todavía en buenas condiciones ²².

Hunt, Bourdillon y Evans con el sherpa Ang Tembo bajaron al campamento base. Quedábamos 6 para el asalto final: Gregory, Lowe, Tenzing y otros dos sherpas. Me encontraba revisando las cargas de oxígeno, cuando un grito de George Lowe atrajo mi atención. Vino hacia mí con un gesto de preocupación en su cara: Pemba había estado enfermo toda la noche y no se sentía capaz de dejarle. Fuimos a ver a Pemba. Era absolutamente vital, pensamos, que él llevase una de nuestras cargas hacia la montaña. Pero nada más verlo, se echaron por tierra nuestras esperanzas. El pobre Pemba tenía una mirada triste. Había estado vomitando toda la noche y parecía pálido y desanimado. Era un triste golpe. Nos quedaba solamente un porteador sherpa, el robusto Ang Nyima, y un mínimo de reservas tenían que ser subidas a la arista sureste, si queríamos establecer un campamento de altura para tener alguna oportunidad de alcanzar la cima.

Fuera, con las montañas elevándose sobre nuestras cabezas, Lowe y yo discutimos nuestra situación. Solo había dos alternativas: abandonar o llevar el equipo nosotros mismos. Abandonar era impensable. Con gran cuidado, fui revisando todas las cargas, quitando cualquier cosa que no fuera absolutamente esencial. Lamentablemente, Lowe dejó su cámara de vídeo. Lowe, Gregory y Ang Nyima iban a salir primero y explorar el camino hacia la arista sudeste, de tal manera que Tenzing y yo pudiéramos conservar nuestras fuerzas para el día siguiente. A las 8.45 se ataron con las cuerdas, colocando los cargamentos a sus espaldas y abriendo el oxígeno. George Lowe tenía tres ligeros cilindros de aleación y unas pocas piezas del equipo para un cargamento total de unas 45 libras. Gregory estaba usando un equipo de oxígeno que contenía un grande y pesado Wire-wound, cilindro de acero, y esto, junto con su infiernillo Primus, algo de combustible sólido para las emergencias y un poco de comida, venía a pesar unas 40 libras. Ang Nyima tenía 41 libras de ligeros cilindros de aleación con oxígeno. Con un movimiento alegre, George salió del campamento. Parecía

²² Ib. 123-125.

estar en buena forma. Mientras los veía salir, me sorprendió que, a pesar de su lento y casi dificultoso paso, hubiera un aire de agitación en ellos y en sus voluminosos bultos. Empezaron a ascender la pendiente helada hacia las montañas.

Me di la vuelta y empecé a recoger mi propio cargamento. Metí a presión el saco de dormir en una bolsa ligera de tela, una colchoneta hinchable, guantes y calcetines de repuesto, plantillas, otro jersey de repuesto, dos llaves para el equipo de oxígeno, dos máscaras y tubos para nuestro oxígeno de dormir, lápiz y papel, dos cajas de cerillas y algo de esparadrapo. Entonces, porque me disgustaba sinceramente la mayoría de los víveres de asalto que se habían llevado los anteriores, añadí a mi cargamento algo de comida especial: dos paquetes de dátiles, dos latas de sardinas, medio cartón de miel, unos pocos y pequeños paquetes de Crystal y, lo máspreciado de todo, una lata de albaricoques en almíbar. Había llevado la mayoría de esta comida desde el campamento Cuatro. Mi bolsa estaba a punto de reventar por sus costuras bajo este peso y, aunque la lógica me decía que la mayor parte de esta comida no era realmente esencial, no podía armarme de valor para partir sin ella. Ya había revisado mi equipo de oxígeno, con sus dos ligeros cilindros de aleación, así que cerré mi abultada mochila. No la veía muy bien. Incluyendo mi cámara y el fotómetro, debía de pesar cerca de 50 libras. Esto me hacía perder fuerza. Tenzing también estaba haciendo su equipaje, y su equipo personal y demás comida debían de pesar unas 43 ó 44 libras.

Nosotros no teníamos planeado salir hasta las diez, así que echamos un vistazo al primer equipo, que ganaba altura gradualmente, andando sobre las pendientes nevadas. Gateamos hacia la tienda e intentamos reanimar nuestras manos, que se habían quedado congeladas mientras hacíamos el equipaje ²³.

Habíamos escalado una pendiente helada cuando Tenzing dio un tirón a la cuerda en la que íbamos atados y gritó: el oxígeno suizo. Tenzing lo sacó de un tirón y parecía en un sorprendente buen estado. Revisamos las botellas y ambas contenían un buen suministro de oxígeno. No obstante no lo podíamos usar, ya que teníamos un amplio suministro para nuestro asalto, así que dejamos el equipo sobre su tumba de hielo... Seguimos ascendiendo. Cada 30 ó 40 pasos teníamos que parar y descansar... Teníamos ante nosotros una de las vistas más solitarias que he divisado jamás. En un saliente de nieve se sostenían los restos hechos jirones de una pequeña tienda. Algo de la estructura de metal, pero la mayor parte de la tela había sido desgarrada por un año de viento en el Everest.

²³ Ib. pp. 132-133.

Todo estaba congelado y rígido dentro del hielo, pero todavía se veían algunos harapos raídos. Estábamos a una altura de 8.100 metros ²⁴.

Entonces alcanzamos el basurero, una impresionante pila de botellas de oxígeno, una tienda, comida, combustible y todo lo esencial para nuestro campamento de altura. Nos sentamos y lo miramos. Si añadíamos todo esto a nuestras cargas, íbamos a tener un peso mucho mayor de lo que era posible cargar a esta altitud, incluso usando oxígeno. Pero el peso no era el único problema. También estaba la dificultad de adjuntar este equipo a nuestras cargas ya abultadas ²⁵.

Le pregunté a Tenzing (que había estado el año anterior allí con la expedición suiza), si existía algún paso y, para mi sorpresa, dijo que estaba hacia la izquierda a unos 15 metros por encima de nosotros. Había nieve polvo, profunda y suelta. No había forma de colocar un anclaje seguro. Entonces Tenzing gritó señalando el lugar del campamento suizo, pero era un lugar apenas lo bastante grande para que dos de nosotros nos sentáramos, ni hablar de clavar allí la tienda. De repente George, que iba con nosotros, señaló unos metros más arriba y vimos un lugar bastante grande y lo suficientemente bien protegido para sacarle partido...

Tenzing nos dijo que hasta aquí, más o menos, era hasta donde él había llegado con Lambert el año anterior. Desconectamos el oxígeno, nos quitamos las mochilas y empezamos a sacar el equipo que se iba a quedar aquí. Ya habíamos utilizado más oxígeno del que habíamos previsto, así que el equipo que bajaba decidió intentar el descenso sin nada prácticamente. Pero los tres se encontraban tan cansados que, sin oxígeno, las pendientes de abajo podrían ser su final. Gregory todavía tenía un poco de oxígeno en su botella, pero Ang Nyima y George ya no tenían nada. Registré todas nuestras provisiones y encontré dos botellas medio llenas. A pesar de las protestas de George, se las ofrecí. Cuando estaban a punto de partir, Ang Nyima hizo un ruego. Quería quedarse con nosotros para ayudarnos al día siguiente. Esta demostración de lealtad y generosidad de un hombre que, obviamente, iba a tener grandes dificultades en bajar, me afectó profundamente, y resaltó todo lo bueno que tienen los sherpas. Con un nudo en la garganta le di unas palmaditas en la espalda como señal de aprecio y negué con mi cabeza. Después de un apretón de manos y de corazón con todos ellos, empezaron a bajar la montaña lentamente. Tenzing y yo lo vimos irse, y sentí una intensa sensación de soledad, mientras ellos, lentamente, descendían por la montaña, dejándonos en nuestra pequeña repisa.

²⁴ Ib. pp. 134-137.

²⁵ Ib. p. 137.

Su viaje, montaña abajo, fue un maratón de resistencia. En el descenso por la cornisa inclinada y peligrosa, tenían pocas fuerzas para pelear con ella. Después de un rato largo alcanzaron la canal y se dieron cuenta de que la mayoría de sus escalones habían sido borrados por la nieve que traía el viento. Por entonces, Gregory y Ang Nyima habían gastado todo su oxígeno y estaban terriblemente débiles. George tuvo que bajar el primero y tallar una nueva línea de peldaños, pero tras unos pocos metros, su oxígeno se agotó también. Afortunadamente, le quedaban fuerzas suficientes para completar la fila de peldaños hasta un punto seguro y el equipo completo se arrastró hasta las tiendas del Collado Sur. El infatigable George, con un entusiasmo notable, se desencordó y continuó, de manera que él pudo filmar a los otros llegando al campo completamente exhaustos.

Vi a nuestro equipo de apoyo desaparecer arista abajo y, entonces, me volví para examinar nuestro campamento más de cerca. No era lo que podríamos decir una maravilla. Por encima de nosotros había un muro de roca, negro y escarpado, pero, al menos, sin piedras sueltas que pudieran caer sobre nosotros.

Hacia las cinco de la tarde, habíamos conseguido construir dos pequeñas terrazas de poco más de dos metros de largo y un metro de ancho. La de arriba estaba unos 20 centímetros más alta. No teníamos ninguna esperanza de elevarlas, así que decidimos utilizarlas como estaban. Desplegamos la tienda y casi perdemos los palos. Después, empezamos a montarla. Unimos los cuatro palos plegables y los pusimos en sus lugares en cada extremo de la tienda, de manera que formaban un triángulo rígido. Cuando encajaron correctamente los palos, bendije la facilidad de montaje de las tiendas Meade. Entonces, tiramos de la tienda, de manera que pasaba por encima de los palos y nos pusimos a clavarla. Pero esto era muy difícil de hacer. No había grandes rocas a las que pudiésemos atar la tienda. Lo intentamos colocando las piquetas de aluminio de la tienda en la pendiente helada, pero se doblaban y no penetraban en el hielo. La nieve polvo que había alrededor de la tienda estaba demasiado suelta como para mantener una piqueta en su lugar. En la desesperación, mis ojos se fijaron en alguna de nuestras botellas de oxígeno. Llevé varias a un par de metros de la tienda, hacia una pendiente más inclinada, cubierta con nieve polvo profunda e intenté enterrarlas firmemente. Tras un buen rato de trabajo, daban, al menos, apariencia de estabilidad ²⁶.

Eran alrededor de las seis de la tarde y la vista era soberbia en todas las direcciones. Los grandes gigantes, Makalu y Lhotse, estaban bañados por una

²⁶ Ib. pp. 140-141.

cálida luz roja y parecían lo suficientemente cercanos como para tocarlos. Los valles permanecían escondidos bajo una capa de nubes blancas y esponjosas, con un ocasional diente de hielo ascendiendo por encima y resplandeciendo con el sol poniente. Lejos, por debajo de nosotros, estaba el valle occidental, cubierto ya por la oscuridad de la noche. En el Collado Sur sólo podía ver el pequeño grupo de tiendas, ondeando furiosamente al viento eterno del collado. La vista me animaba a tomar unas cuantas fotografías. En particular quería fotografiar nuestra tienda, pero encontré serias dificultades, en la cara empinada donde estaba, para conseguir que entrase entera en mi visor. Finalmente desistí con disgusto. Un suave ronroneo dentro de la tienda mostraba que Tenzing había tenido éxito en encender el infiernillo de queroseno y preparar algo de comida y bebida.

Me puse a revisar las provisiones de oxígeno. El plan de ataque completo se basaba en que Tenzing y yo saliésemos del campamento ocho con dos botellas llenas de oxígeno cada uno, usándolo a una media de cuatro litros por minuto. Pensábamos que esta media era la mínima, si queríamos tener la oportunidad de llegar a la cima. Revisé las botellas y se me cayó el alma a los pies. Las revisé todas de nuevo; sí, era correcto, teníamos sólo dos botellas llenas y otras dos con dos tercios. Sabía que habíamos usado algo del oxígeno en la subida, pero no me había dado cuenta hasta ahora de cuánto. Espantado, hice algunas cuentas mentalmente: a cuatro litros por minuto teníamos sólo sobre cinco horas y media de oxígeno. La cumbre no estaba tan cerca. Entonces recordé lo bien que habíamos subido las pesadas cargas con cuatro litros al minuto. ¿Podríamos ir, si fuera necesario, con tres litros por minuto? Esto nos daría sobre siete horas, lo que podría resultar suficiente. Decidí ajustar los equipos a tres litros, y comencé a trabajar poniendo las botellas necesarias en un lugar y conectando los tubos. Revisé el flujo de los equipos, y con cuidado los puse entre la tienda y la cresta de la roca que había detrás.

Planeé usar la botella negra y grande de oxígeno que Gregory había transportado para dormir. Pero cuando busqué el adaptador especial que habíamos traído para ella, no pude encontrarlo por ningún sitio. Había tres botellas parcialmente llenas, sólo con oxígeno para cuatro horas de sueño, a razón de un litro por minuto. Decidí espaciar estas reservas durante la noche de 9 a 11 y de 1 a 3. Teníamos un punto a nuestro favor con respecto al oxígeno. En el primer ataque, Bourdillon y Evans habían tirado en la arista dos botellas de oxígeno que estaban medio llenas, a unos 100 metros por encima de nosotros. Si pudiéramos encontrarlas y contuvieran todavía algo de oxígeno, nos serían muy valiosas. Estaba empezando a hacer frío, así que, tras un vistazo alrededor, me arrastré dentro de la tienda...

Nuestro principal sustento era nuestra bebida de limón caliente, enriquecida con montones de azúcar. Éramos los dos muy conscientes del gran peligro de deshidratación, y estábamos determinados a proveer a nuestros cuerpos con un amplio surtido de agua. Por eso me sentía tan contento de que nuestro infiernillo de queroseno funcionara. Había tenido un particular cuidado en probarlo, abajo, en el valle occidental, y ahora, cerca de los 8.400 metros, estaba muy activo, con una llama azul. Cuando terminamos de comer todo lo que queríamos y bebimos todo lo que nuestros cuerpos podían, empezamos a prepararnos para la noche.

Eché un último vistazo fuera de la tienda y arrastré nuestro oxígeno de dormir dentro. El cielo, arriba, estaba completamente claro, y cada estrella brillaba con una luz fija y fría. Sólo en los profundos valles de abajo podía distinguir algún signo de nubes. Nuestro pronóstico para mañana parecía excelente, lo único preocupante, por el momento, eran las ocasionales ráfagas de viento que sacudían y zarandaban nuestra tienda. Teníamos 27° bajo cero ²⁷.

A las 6:30 am nos preparamos. Empezar por la mañana a escalar directamente por las aristas es siempre expuesto. Mis músculos entraron en calor, mis nervios se relajaron y me fui adaptando al viejo ritmo de la escalada, siguiendo constantemente a Tenzing. Al ganar altura, nos movíamos entre los rayos del sol y, aunque teníamos frío y no podíamos sentir su calor, estábamos muy animados por su presencia. No descansábamos. Tenzing se abrió paso a través de la profunda nieve. Estábamos ahora a una altura de 28.000 pies. Elevándose directamente sobre nuestras cabezas, se encontraba el formidable escalón de la cima sur. Y a la derecha, estaban las enormes cornisas de la arista. Nos quedaba un largo camino por hacer.

Teniendo mucho cuidado, me movía por el lado izquierdo de la ladera. Todo parecía perfectamente seguro. Con la confianza en aumento, tallé otro peldaño. Me encontraba ya de pie sobre él cuando cedió la nieve y me hundí hasta las rodillas. Me tomé un respiro para recuperar el aliento. Entonces, poco a poco, saqué mi pierna del agujero. Estaba casi vertical otra vez cuando la nieve se hundió bajo el otro pie y me quedé de rodillas. Era la maldición del montañero. Me obligué a seguir sin descanso. Algunas veces iba con cuidado cerca del vacío, pero, normalmente, la nieve se rompía en el momento crítico y me hundía hasta las rodillas otra vez. Aunque era un trabajo cansado y desesperante, yo me sentía con fuerzas de sobra. Seguí media hora de esta forma tan incómoda, con balanceos violentos; tenía el ritmo y la respiración completamente destrozados. Fue un gran alivio cuando las condiciones de la nieve mejoraron y fue posible mantenerse en la superficie. Todavía me

²⁷ Ib. pp. 142-143.

encontraba por debajo de las empinadas laderas, a la izquierda de la cresta, pero saltando y escalando sin parar hacia arriba. Crucé la pequeña cresta y vi enfrente un diminuto hueco en la arista. Y en él encontré dos botellas de oxígeno, casi cubiertas completamente por la nieve. Éste era el depósito de Evans y Bourdillon.

Me apresuré hacia adelante, dentro del hueco, y me arrodillé cerca. Arrancando una de las botellas de su congelado lecho, limpié la nieve de la esfera; marcaba 1.000 libras de presión, tenía casi un tercio lleno de oxígeno. Miré la otra y estaba igual. Esta era una gran noticia, Significaba que el oxígeno que llevábamos a nuestras espaldas sólo tenía que durarnos hasta llegar a estas botellas, en vez de hasta el Collado Sur. Nos daba otra hora más de margen.

Tomé la delantera otra vez. Yo sabía que hacia arriba quedaba un duro trabajo y Tenzing tendría que guardar sus fuerzas para ello. La escalada hacia la cima era mucho más vertical ahora, luego se ensanchaba y conducía hacia una cresta aguda, en la base de la enorme ladera que va hacia la cumbre sur. Crucé a la derecha y me encontré con nieve firme, empecé a tallar una larga línea de peldaños hacia la base de la gran ladera. Hicimos una plataforma y examinamos nuestro oxígeno. Parecía que todo iba bien. Yo disponía de un poco más de oxígeno que Tenzing, esto significaba que yo tenía menos flujo de oxígeno, al estar cerrada un poco la bombona. No iba a ser suficiente, pero, de todos modos, no había nada que pudiera hacer.

Por delante de nosotros había un problema realmente formidable que vi desde mi escalón. Elevándose desde donde estábamos, había una enorme pendiente que bajaba hasta precipitarse en la cara este del Everest, y volvía a subir, con una espantosa pala, hasta la cumbre sur de la montaña, 400 pies por encima de nosotros.

En los primeros seis peldaños me di cuenta de que el trabajo iba a ser mucho más duro de lo que había pensado. Los dos primeros peldaños estaban duros, en el tercero te hundías hasta los tobillos y el sexto lo talló a la altura de sus caderas. Pero, al menos, los peldaños engañaban a la ladera; él iba hacia adelante, abriendo huella directamente hacia arriba. Seguir sus peldaños era un trabajo igualmente duro; la nieve suelta que sobraba la añadíamos a los escalones. Después de un largo rato, Tenzing necesitaba un descanso, así que yo tomé el relevo.

Inmediatamente me di cuenta que era un terreno peligroso. En este resalte tan empinado de la ladera, la nieve era suave, profunda y suelta. Clavaba mi piolet sin anclarlo sólidamente y no teníamos ningún tipo de seguro. El único factor que hacía que fuera posible progresar era una fina costra de nieve en la

*que nos agarrábamos. No obstante, era una pobre sujeción. Yo estaba abriendo huella hacia arriba, tallando peldaños en diagonal sobre la pendiente cuando con un sonido sordo, se rompió toda una superficie de costra de unos dos metros de diámetro, deteniéndose en un gran resalte, y resbalé, retrocediendo tres o cuatro peldaños. Entonces paré, pero la placa de viento ganaba velocidad, deslizándose fuera de la vista. Yo tenía un grave shock. Mi experiencia me avisaba de que la ladera era extremadamente peligrosa*²⁸.

Me detuve exhausto. Me parecía que había 3.000 metros entre mis piernas y nunca me había sentido más inseguro. Le hice una señal a Tenzing para que fuera por delante. Nos íbamos turnando en cabeza con mucha frecuencia ahora, hacíamos el camino hacia arriba sin alegría, algunas veces resbalando y destruyendo media docena de peldaños, y sin la seguridad de que en cualquier momento no hubiera un alud en la ladera. Con la esperanza de colocar algún tipo de seguro, fuimos un poco hacia las rocas, pero no encontramos ayuda en su superficie lisa y sin agarres. Saltamos hacia arriba y, entonces, me di cuenta de que un poco por encima de nosotros, a mano izquierda, la cresta de la roca se convertía en nieve, y que la nieve parecía firme y segura. Con mucho trabajo, cuidadosamente, escalamos, atravesando algunos resaltes y hundiendo el piolet en la nieve de la cresta. Ahora iba con firmeza, sin flaquear. El placer de esta seguridad, después de toda la incertidumbre, nos venía como un indulto a un condenado. La resistencia fluía por mis extremidades, podía sentir mis nervios tensos y mis músculos relajados. Hundí mi piolet en la ladera y empecé a tallar una hilera de peldaños hacia arriba, eran muy inclinados, pero parecían felizmente seguros. Tenzing, un inexperto pero entusiasta “escultor” de peldaños, tomó el turno y picó unos cuantos más. Los íbamos haciendo deprisa, y la ladera empezaba a ser fácil. Tenzing me cedió la delantera y, con un sentimiento creciente de excitación, iba crampeando sobre la firme ladera, hacia la redondeada cumbre sur. Eran sólo las nueve de la mañana.

Nos quitamos las bombonas de oxígeno y nos sentamos. El día era todavía extraordinariamente bueno y no me sentía incómodo con la gruesa capa de ropa que llevaba para protegerme del frío y el viento. Bebí de la cantimplora de Tenzing y comprobé nuestras provisiones de oxígeno. La botella de Tenzing estaba prácticamente terminada, pero la mía todavía tenía un poco, así que cada uno disponía de una botella llena. Las dificultades de arriba aconsejaban que aligerásemos el peso a nuestras espaldas. Así que sólo llevaríamos las botellas más llenas. Quité la botella vacía de Tenzing y la mía casi vacía y las dejé sobre la nieve. Con un cuidado especial, conecté nuestras últimas botellas y comprobé que funcionaban bien. Las agujas de la válvula estaban en 3.300 libras de presión. Las botellas que llevábamos estaban muy llenas, con 800 litros de

²⁸ Ib. pp. 148-149.

oxígeno cada una. Con 3 litros por minuto consumiríamos 180 litros a la hora y media. No parecía mucho para los problemas de arriba, pero estaba convencido de que era necesario bajar a 2 litros por minuto para el camino de regreso.

De pie, hice una serie de fotografías en todas direcciones. Entonces, metí mi cámara detrás, en un lugar cálido, entre mis ropas. Levanté con esfuerzo el ligero oxígeno, lo coloqué a mis espaldas y lo conecté a mis tubos. Le hice lo mismo a Tenzing, encordado a mí y, entonces, con una creciente excitación, tallé unos anchos y seguros peldaños debajo del collado nevado, bajo la cumbre sur. Querría una ruta fácil, cuando regresara aquí, débil y cansado. Tenzing bajó por los peldaños de la pendiente por el lado izquierdo de la cresta. Con el primer golpe de mi piolet aumentó mi emoción, la nieve, para mi asombro, estaba cristalizada y dura. Con un par de golpes rítmicos del piolet hice un hueco suficiente para nuestras descomunales botas de alta montaña.

Hice una señal a Tenzing para que se reuniera conmigo. Él se movió despacio y con cuidado por los peldaños. Cuando me alcanzó, clavó el piolet en la nieve y me aseguró con la cuerda bien tensa para que yo siguiera tallando. Era un trabajo estimulante ²⁹.

Estábamos subiendo definitivamente hacia la cumbre cuando observé que Tenzing se movía con lentitud y dificultad. Estaba en apuros. Sospeché de su bombona de oxígeno. Noté que de la salida de su mascarilla colgaban algunos carámbanos. Vi que la salida del tubo estaba cerrada como dos pulgadas de diámetro y que estaba completamente bloqueada con hielo. Esto impedía a Tenzing respirar libremente. Afortunadamente la salida del tubo estaba hecha de caucho y podía manipularlo con la mano y conseguí librarlo de todo el hielo, dejándolo libre. Las válvulas comenzaron a funcionar y él sintió inmediatamente alivio ³⁰.

Estábamos ya a 8.700 metros. No veía una subida aceptable. Finalmente en la desesperación, examiné a mano derecha al final del muro. Sujeta a él, colgando sobre el precipicio había una gran cornisa y esta había comenzado a soltarse de la roca y de una larga, estrecha y vertical grieta. La grieta era lo suficientemente grande como para que entrara un cuerpo humano y le ofreciera una pequeña seguridad por lo menos en la ruta. Rápidamente me decidí. Valía la pena intentarlo. Tomé algunas fotografías. Después descansamos un momento. A continuación avancé tallando una línea de peldaños suficientemente seguros para movernos juntos y ahorrar tiempo. Estábamos en ese momento desesperadamente cansados y Tenzing iba muy despacio. Estuve haciendo

²⁹ Ib. pp. 150-151.

³⁰ Ib. p. 152.

peldaños durante al menos dos horas, mi espalda y mis brazos empezaban a cansarse. Golpe tras golpe con regularidad desesperante una pedrera inestable dificultaba nuestro ascenso y me obligaba a subir lentamente. Entonces me di cuenta de que era el último resalte, porque encima de mí la cresta descendía. Di unos golpes con el piolet para asegurar la subida y estábamos alegres en la cima del monte Everest³¹.

Estuvieron en la cumbre un cuarto de hora. Tenzing, poniendo su ofrenda de comida a sus dioses como budista y colocando las cuatro banderas de la ONU, Inglaterra, Nepal y la India; y Hillary colocando un pequeño crucifijo y sacando fotografías para la historia. Después se dispusieron a bajar al campamento donde los compañeros los estaban esperando. Bajaron con mucho cuidado, porque también la bajada presentaba muchas dificultades, pero todas pudieron superarlas con prudencia y decisión. Todos se alegraron de su hazaña y sintieron la satisfacción de haber colaborado en el éxito de la gran empresa para ejemplo de las generaciones futuras.

Edmund Hillary fue recibido con honores en Nepal, India y, por supuesto, en Inglaterra y en su propio país, Nueva Zelanda. La reina de Inglaterra, Isabel II lo nombró caballero del Imperio británico.

REFLEXIÓN

Desde entonces, más de 1.200 personas, hombres y mujeres, han ascendido a la cumbre del Everest. Muchos van como turistas por medio de agencias de viaje. Algunos pagan viajes en helicóptero hasta casi la cumbre. Cada año son muchos los que suben con las facilidades de la actualidad. Sin embargo, siempre hay riesgos y a lo largo de los años ha habido más de 175 muertos.

Lo importante en este caso, al igual que en otros casos como en la conquista del polo sur, es el ejemplo que estos grandes hombres nos dan de que el esfuerzo, el trabajo y el sacrificio valen la pena para conseguir grandes metas. Sobre todo los jóvenes deben tomar nota de que nada valioso se consigue sin lucha y sin sacrificio. Ya lo decía Jesús: *El que quiera ser mi discípulo que tome su cruz de cada día y me siga.*

³¹ Ib. pp. 153-155.

LOUIS ZAMPERINI

SOBREVIVIR EN SITUACIONES EXTREMAS

Louis Zamperini nació en Olean (Nueva York) el 26 de enero de 1917. Desde muy niño ya dio pruebas de ser muy atrevido y valiente. Su madre lo dejaba en la cuna y él gateaba y desaparecía de su cuarto y tenía que buscarlo por todos los rincones de la casa. Cuando tenía cinco años, empezó a fumar las colillas que encontraba en su viaje diario a la guardería. Cuando tuvo 8 años, se emborrachó por primera vez. Y, con gran disgusto de sus padres, cometía malas acciones. Poco a poco se fue haciendo un verdadero ladrón.

DELINCUENTE JUVENIL

Con frecuencia robaba. Se ocultaba en los callejones de su barrio con un rollo de alambre en el bolsillo para abrir las cerraduras. Las amas de casa descubrían a veces que sus alimentos habían desaparecido. Los vecinos, que observaban desde sus ventanas, podían ver a un niño de piernas largas que se alejaba con un pastel o lo que fuera. En el vestíbulo del teatro *Torrance* bloqueó con papel higiénico las ranuras para las monedas de los teléfonos públicos y él regresaba con regularidad para meter un alambre tras las monedas atascadas en el mecanismo y lograr así llenarse las manos del dinero.

Para vengarse de un conductor de tranvía que no paró, cuando él le hizo la señal, engrasó los rieles. Cuando el maestro lo castigó en un rincón por escupir, desinfló los neumáticos de su coche con palillos de dientes. Una noche subió al campanario de un templo bautista, ató la campana con alambre de piano y fijó el otro extremo del alambre a un árbol. Luego llamó a la policía y a los vecinos para que fueran testigos de cómo repicaba la campana espontáneamente. Algunos crédulos creyeron que era una señal de Dios.

Los chicos en la escuela se reían de él, porque como era descendiente de italianos y sus padres en casa hablaban italiano, no sabía bien el inglés. A veces le pegaron entre varios, pero él no lloraba ni se quejaba. Era duro de pelar. Su padre lo entrenó con un saco de boxeo y la próxima vez que un chico quiso pegarle, le propinó un buen derechazo, que le rompió algunos dientes mientras Louis corría, dándose a la fuga.

Un día golpeó a una chica, empujó a un maestro y atacó a un policía con tomates podridos. Sus padres estaban muy preocupados con él, pero no lograron cambiarlo. Una vez se escapó de casa y estuvo varios días durmiendo bajo un

puede de la carretera. Trató de montar un ternero en el campo y terminó estrellándose contra el borde de un árbol y tuvo que volver a su casa, pues cojeaba de la rodilla. Tuvieron que darle 27 puntos. A un chico le golpeó y le rompió la nariz y los padres de sus compañeros de escuela prohibieron a sus hijos acercarse a él.

Pero todo tuvo su fin, cuando tenía 14 años. Un día el director del Instituto donde estudiaba lo llamó por enésima vez y lo castigó, impidiendo que fuera elegido para las actividades deportivas y sociales, que estaban a punto de comenzar. Cuando su hermano Pete se enteró, fue a hablar personalmente con el director y le dijo que le diera una oportunidad a su hermano para competir en los deportes, aclarándole que lo que tenía era un gran deseo de figurar y llamar la atención y que, si no lo hacía por las buenas, lo hacía por las malas.

ATLETA

Se le admitió en los deportes, teniendo ya 15 años. Lo anotaron para carreras pedestres. Quiso llamar la atención de los chicos presentes. Tenía que competir en la carrera de 600 metros y los chicos lo animaban. Iba descalzo y llegó el último. Todo fue risas burlonas para él, pero su orgullo respondió, se entrenó y empezó a ganar. Al final de la temporada, logró calificarse para las finales del Estado y terminó en quinto lugar.

Se olvidó de sus robos y malas acciones y su obsesión era correr y atraer la mirada de los chicos. Pete lo entrenaba y su conducta ahora era ejemplar, pues hasta lo eligieron como presidente de su clase y los muchachos cada vez lo admiraban más. Seguía corriendo y ganando algunas competiciones de carreras entre jóvenes de su edad. Y se impuso una meta: ir a las olimpiadas de Berlín de 1936, representando a su país. Estuvo varios años preparándose y consiguió estar entre los tres primeros escogidos para representar a Estados Unidos en la carrera de 5.000 metros.

Cuando llegó el día de la final de 5.000 metros en el Estadio de Berlín, él quedó en octavo lugar, pero fue el más rápido de todos en la última vuelta. Por eso, Hitler lo admiró y lo llamó para saludarlo. Louis se acercó y le tendió la mano. Hitler le dijo: *Así que tú eres el chico con el final más rápido*. Louis se sintió orgulloso de sus palabras. Paseando por Berlín después de la carrera, él con otros amigos se detuvieron frente a la cancillería del Reich. Se acercó un coche y salió Hitler, que caminó hacia el interior del edificio. Louis observó que había una pequeña bandera nazi cerca de las puertas. Pensó que sería un buen recuerdo y parecía fácil de conseguirlo. Dos guardias caminaban enfrente del edificio. Cuando se dieron la vuelta, aprovechó y, con esfuerzo, sacó la bandera. Los

guardias se dieron cuenta y lo detuvieron. Entraron al edificio, salieron con otro guardia de rango superior. Al preguntarle por qué quería robar la bandera, dijo que quería llevarse un buen recuerdo. Le regalaron la bandera y lo dejaron ir sin consecuencias.

AVIADOR

Cuando comenzó la segunda guerra mundial, Louis se alistó como voluntario a principios de 1941 en la Fuerza Aérea. Lo llevaron a la Escuela de Aeronáutica de Santa María en California y aprendió a volar un avión. En noviembre de 1941 se convirtió en tripulante de un bombardero. Como estaban en guerra con Japón, que había atacado Pearl Harbor en las islas Hawái, se necesitaban muchos tripulantes y aviones para contrarrestar a los japoneses, que se habían adueñado de muchas islas del pacífico y seguían avanzando en China, Filipinas y otros lugares.

A Louis le asignaron el bombardero llamado *Superman*. Como piloto iba su amigo Phil. Salieron de California el 2 de noviembre de 1942 con dirección a Oahu, una isla del Pacífico. Tres días antes de Navidad recibieron orden de estar preparados con orden de dirigirse a Midway. Al llegar fueron bien recibidos. Su misión era atacar al atolón Wake y bombardearlo. El 23 de diciembre de 1942, 26 aviones B-24 despegaron con 34.000 kilos de bombas. Militarmente hablando, fue un éxito: Habían destruido la base y aeropuerto de Wake. A la vuelta a Midway, el avión de Louis, pilotado por Phil, tuvo problemas de gasolina y pensaron que no iban a llegar, pero pudieron regresar sanos y salvos. Los 26 bombarderos que atacaron wake volvieron, pero el *Superman* de Louis tenía 594 agujeros de bala y nunca más pudo volar.

En otras misiones aéreas, muchos otros aviones desaparecieron por choques entre ellos, por falta de gasolina, por errores humanos o por el fuego antiaéreo enemigo. Durante la guerra murieron 52.173 hombres de la fuerza aérea norteamericana. Lo que más temían era caer prisioneros de los japoneses. La raíz de este temor estaba en lo ocurrido en la ciudad china de Nanking. Los chinos se rindieron tras haberles dado seguridad de quedar con vida, pero todos fueron ejecutados. Los historiadores consideran que los japoneses asesinaron entre 200.000 y 430.000 chinos, incluidos 90.000 prisioneros de guerra y se llevaron miles de mujeres chinas como esclavas sexuales, al igual que otros miles de filipinas o indonesias.

El 27 de mayo de 1943 les avisaron que el avión B-24 de Clarence Corpening, que había salido el día anterior, no había llegado a su destino y debían ir buscarlo a ver si los podían rescatar. Les dieron el bombardero llamado

Avispón verde. Despegaron y llegaron a la zona de búsqueda a las dos de la mañana. Louis miraba con sus prismáticos a ver si los encontraba, pero su avión empezó a temblar y los motores empezaron a detenerse. Phil, el piloto, hizo todo lo posible para estabilizarlo, pero solo pudo amerizar. Louis sacó la balsa salvavidas. Al caer el avión, se sumergió en el mar atrapado con unos cables. Trataba de arrancarlos, pero la necesidad de respirar era apremiante. Comprendió que era lo último que le pasaría en la vida y por un momento perdió el conocimiento. Se despertó inmerso en la negrura total del mar. *Esto es la muerte*, pensó. Inexplicablemente los cables se habían soltado y su chaleco salvavidas lo iba llevando hacia la superficie. Al salir, vomitó el agua salada que había tragado junto con gasolina, y se sintió feliz de haber sobrevivido. De los once tripulantes, solo sobrevivieron tres: Louis, el piloto Phil, y Mac.

NÁUFRAGO

Phil tenía dos heridas en la parte izquierda de la frente y la sangre le manaba de las heridas. Necesitó varios días para que se estabilizaran sus heridas y pudiera estar más tranquilo. Mac por su parte estaba casi desesperado por la situación en que estaban en dos balsas en medio del océano. En los compartimentos de las dos balsas, que rescataron del avión, había varias barras de chocolate gruesas, varias latas de 250 mililitros de agua, un espejo de latón, una pistola lanzadora de bengalas, tintura para el mar, un juego de anzuelos, un carrete de hilo para pescar y dos bombas de aire en fundas de lona. También había un juego de alicates y un destornillador. Además cada balsa tenía un juego de parches para usarse en caso de que el agua se filtrase. Un año después, los B-24 fueron equipados también con un cubo, un mástil y una vela, un ancla, crema solar, un botiquín de primeros auxilios, taponetes para sellado, una linterna, una pequeña caña de pescar, una navaja, unas tijeras, un silbato y una brújula, pero nada de esto último tenían en sus balsas ahora y tampoco tenían un transmisor para enviar señales a un radio de 320 kilómetros.

Estaban a la deriva con poca agua y sin resguardo del sol. Louis impuso algunas reglas: Cada uno comería una onza de chocolate por la mañana y otra por la noche y recibiría una lata de agua para beber de dos a tres tragos diarios, con lo cual las provisiones durarían unos pocos días, esperando ser rescatados pronto. La primera noche Mac, desesperado, se comió todo el chocolate. Los otros dos se lo echaron en cara, pero pensando que pronto estarían a salvo, no le dieron demasiada importancia. Los días fueron pasando y la lluvia les salvó de morir de sed. Por su parte consiguieron atrapar alguna ave que se posaba cansada en la balsa y hasta un día Louis consiguió atrapar un tiburón pequeño. También usaron anzuelos con la carne del ave que consiguieron y así atrajeron más peces y tomaron un pez piloto. Poco a poco fueron sobreviviendo.

Un día vieron un avión que parecía un B-25 a gran altura, y usaron las bengalas y echaron el tinte, formándose alrededor de la balsa una mancha de color verde muy vivo. Al día siguiente, oyeron ruido de motores y pensaron que era un B-24. De nuevo echaron bengalas y tinte, pero parece que no los vieron y se sentían solos y abandonados en la inmensidad del mar. El quinto día Mac perdió la cordura, después de permanecer callado durante días, y empezó a gritar que todos iban a morir. Louis lo abofeteó para que se callara. Por la noche Louis rezó. Solo había rezado una vez en su vida, cuando su madre enfermó siendo el un niño. Esa noche pidió ayuda a Dios.

Louis y Phil hablaban de sus tiempos de niños y de su familia. De esta manera trataban de mantenerse psicológicamente bien sin deprimirse como lo estaba Mac. Sus conversaciones eran como una medicina psicológica. Phil era más religioso que Louis y le hablaba de su fe en Dios.

Después de 15 días en el mar, estaban barbudos, tostados por el sol y su carne parecía haberse evaporado. Tenían las mejillas hundidas. Sus cuerpos se devoraban a sí mismos por la falta de alimento. Louis comenzó a rezar en voz alta, aunque no tenía idea de cómo hablar con Dios. Mac solo escuchaba. Alguna vez algún pez se metía en la balsa y Louis lo usaba de cebo y así atrapó otro pez piloto. Por la noche Phil y Louis hacían turnos de guardia y rezaban por turnos.

Con el paso de los días atraparon tres o cuatro aves. Un ave volaba muy bajo cerca de la balsa. Mac extendió la mano y la atrapó por una pata en el aire. Louis se quedó admirado de la rapidez de Mac. Se la comieron y dejaron solo los huesos y las plumas. Uno de los días Louis estaba tan necesitado de ayuda por la sed y el hambre que rezó con la cabeza baja y juró a Dios que, si le ayudaba, le dedicaría su vida. Al día siguiente llegó la lluvia y pudieron calmar la sed.

El día 27 vino un avión, echaron bengalas y echó tinte en el mar, luego Louis sacó el espejo y procuró proyectar un rayo de luz al bombardero. El avión se alejó. Pensaron que habían perdido otra oportunidad, pero el avión regresó y agitaron sus camisas. El bombardero se alineó y empezó a disparar. Era un avión japonés. Las balas atravesaban las balsas. De nuevo volvió el bombardero. Esta vez Mac y Phil se acurrucaron en la balsa y no se movieron como habían hecho los tres la primera vez al quedar en el agua fuera de la balsa y apoyándose en ella. Solo Louis saltó al agua para esquivar los disparos. El bombardero volvió por tercera y cuarta vez y Louis se echaba al agua para evitar las balas, pero debía cuidarse de los tiburones que merodeaban. Cuando se fue el avión, tanto Phil como Mac estaban listos con los remos para atacar a los tiburones si se acercaban. La balsa pequeña había quedado inservible. Los tres estaban en la balsa grande, que estaba llena de agujeros de balas y se escapaba el aire, Louis

tuvo que apañárselas con mucho esfuerzo para sellar los agujeros con los parches que tenían.

Uno de los días apareció un tiburón pequeño de un poco más de un metro de largo. Louis se arrodilló en el costado de la balsa y echó el anzuelo con cebo. El tiburón nadó hacia el cebo y Louis agarró la cola del tiburón y lo sacó del agua. Le clavó el alicate y extrajo el hígado, que es bastante grande, y comieron con ansiedad. Después usaron la misma táctica y cazaron otro tiburón pequeño.

El día número 30 de su estadía en el mar, un tiburón blanco de unos seis metros y medio de largo golpeó la barca y la hizo saltar. El tiburón daba vueltas a su alrededor. Finalmente se alejó y los dejó tranquilos. Pero Mac murió uno de esos días por debilidad y por depresión. Rezaron por él y lo echaron al mar. Pasaron días sin agua y sin comida. La balsa parecía que iba a explotar en cualquier momento por tantos agujeros parcheados.

Por fin observaron que había más aves en el cielo de lo acostumbrado y el mar estaba en completa calma. Oyeron ruido de aviones, pero estaban demasiado lejos. A los 46 días de estar perdidos a la deriva, descubrieron una isla, pero antes de poder llegar vino un tifón que los espantó. El mar comenzó a agitarse y azotarlos. Las crestas de las olas eran de 12 metros. Por la noche descansaron un poco y al amanecer todo estaba tranquilo y vieron que venía hacia ellos un barco. Al acercarse, vieron una ametralladora montada en la proa de la barca y había un grupo de hombres, todos japoneses con armas que les apuntaban. Los subieron a cubierta y los amarraron con las manos a la espalda en el mástil.

PRISIONERO

Un hombre les habló y les puso una pistola en la cara. Ellos no les entendían. El capitán de la barca se acercó y regañó a la tripulación. Les desataron las manos, les trajeron agua con una galleta. Era su primer alimento en ocho días. Llegaron a una isla, les vendaron los ojos y los llevaron a una enfermería. Entró un médico y los examinó, hablando en inglés. Puso pomada en las heridas provocadas por la sal y en los labios quemados, les tomó el pulso y la temperatura y los declaró sanos. Phil, que normalmente pesaba 75 kilos, pesaba ahora 40; Louis, con sus 1.78 de estatura, pesaba solo otros 40. Había perdido la mitad de su peso o más. Después les dieron de comer huevos, jamón, leche, pan fresco y frutas. Les informaron que estaban en un atolón de las islas Marshall y habían navegado a la deriva durante 3.200 kilómetros.

Después de dos días, el 16 de julio de 1943, llegó un carguero y los llevó a otro atolón, que se llamaba Kwajalein, que se conocía como isla de la ejecución,

por haber sido allí masacrados miles de prisioneros. El oficial de la primera barca les dijo: *En cuanto salgan de aquí, no podemos garantizarles la vida.* De nuevo les taparon los ojos. A los dos días, Louis tuvo disentería. Tres veces al día les arrojaban por la ventana una bola de arroz del tamaño de una pelota de golf y una o dos veces les dejaban en el dintel un trago de agua en una taza de té. El calor era asfixiante. Dos sorbos al día no compensaban la torrencial pérdida de agua por el sudor. De nuevo Louis sintió necesidad de orar, pidiendo ayuda a Dios. Los guardias estaban furiosos y gritaban. Casi a diario les escupían y golpeaban a los prisioneros e incluso los humillaban.

A Louis le obligaban a bailar el charleston a punta de pistola. Le obligaban a cantar y silbar para desternillarse de risa. También lo insultaban, cuando gateaba para tomar sus galletas de arroz. Lo mismo hacían con Phil. Un día sacaron a los dos de su celda y pensaron que los iban a ejecutar, pero los llevaron para ser interrogados.

Otro día estaba Louis en su celda y entró un japonés. Se llamaba Kawamura y le preguntó: *¿Eres cristiano?* Louis se había criado como católico, pero no había asistido a misa dominical desde su infancia. El guardia habló en inglés y solo le pudo entender algo como que estaba relacionado con misioneros canadienses y conversión. Parecía ser cristiano convertido. Kawamura les dio unos caramelos a Louis y a Phil.

EXPERIMENTOS MÉDICOS

Estando en prisión ordenaron a Phil y Louis que se tumbaran. Los médicos sacaron dos agujas hipodérmicas bastante grandes y las llenaron con una solución turbia. Alguien dijo que era leche de cocos verdes, aunque no se sabe con certeza. Los médicos dijeron que lo que estaban a punto de hacer resultaría beneficioso para los prisioneros. Si la solución funcionaba como estaba previsto, mejorando su condición, se le suministraría a las tropas japonesas. Louis, a los pocos segundos, comenzó a girar. El médico inyectó más solución en las venas y la sensación aumentó. Sentía como si le clavaran agujas en todo el cuerpo. Luego se le agolpó la sangre en la cabeza, causándole la misma sensación que le pasaba cuando Phil maniobraba al Superman para un descenso. La piel le quemaba y le picaba. Phil experimentaba los mismos síntomas. Los médicos los interrogaban sin variar el tono de voz. Luego todo se volvió borroso y Louis gritó que estaba a punto de desmayarse. El médico retiró la aguja.

Quince minutos después, el cuerpo de Louis quedó cubierto con una erupción. Toda la noche estuvo despierto rascándose y soportando el ardor. Varios días más tarde, cuando los síntomas cedieron, llevaron de nuevo a ambos

al mismo lugar y les dieron idéntico trato, solo que en esta ocasión la dosis fue mayor. Volvieron a sentir vértigo y ardor. Pasados unos días fueron sometidos a un tercer experimento y luego a otro más. La última vez les inyectaron casi medio libro de la sustancia en las venas. Sobrevivieron y, por terrible que fuera la experiencia, tuvieron suerte. En todos los territorios ocupados por los japoneses usaban al menos a 10.000 prisioneros de guerra y a civiles, incluidos niños, como sujetos para experimentos relacionados con armas químicas y biológicas. Miles fallecieron.

INTERROGATORIOS

De regreso a su celda Louis estaba mareado y ardía en fiebre. Llamaron a un médico y dijo la palabra dengue, una enfermedad potencialmente fatal transmitida por los mosquitos. El mal atacaba en los trópicos. El médico no recomendó tratamiento alguno.

Los siguieron interrogando. Por fin Louis decidió hablar. Le dieron una galleta y un pastel, ignorando que Louis había identificado los campos aéreos falsos que había encontrado deambulando por Hawái con Phil. Si los japoneses bombardeaban esos lugares, solo destrozarían aviones de madera.

Los japoneses decidieron que ya no eran útiles los dos y decidieron ejecutarlos. Pero no lo hicieron. El 26 de agosto de 1943 fueron sacados de sus celdas y conducidos al barco que los llevaría al Japón.

Cuando el barco llegó a Yokohama, a Louis le vendaron los ojos y lo llevaron a un campo de concentración japonés para prisioneros de guerra. Era una instalación secreta dedicada a interrogatorios. Se llamaba Ofuna. Los encerraban en solitario, les hacían pasar hambre y eran torturados, si no hablaban de secretos militares. En ese lugar hacían lo que querían con los prisioneros y nadie se enteraría jamás. Le dijeron a Louis: *Aquí pueden matarte, porque nadie sabe que estás vivo.*

La comida consistía en gachas apestosas y aguadas que cada uno comía en su celda. Luego formaban parejas, les daban un amasijo de cuerdas mojadas y los forzaban a agacharse, poner las cuerdas en el suelo y correr fregando el pasillo de 50 metros de largo. Después los guardias los hacían correr en círculos o los obligaban a realizar otro tipo de ejercicios.

VIOLENCIA ESTABLECIDA

Todos los días recibían palizas. La violencia contra los prisioneros era algo normal. *Esta tendencia era poderosamente reforzada por dos ideas bastante comunes en la sociedad japonesa de la época. Una sostenía que los japoneses eran racial y moralmente superiores a los no japoneses, siendo una raza pura destinada a gobernar. Estas ideas hacían que los japoneses concibieran a los enemigos valiéndose de prejuicios, calificándolos como brutos, bestias infrahumanas o peligrosos “diablos anglosajones”. Este racismo y el odio que fomentaba servían para aumentar el abuso contra los prisioneros aliados.*

En la sociedad militarizada de Japón, todos los ciudadanos, desde la más tierna infancia, eran adoctrinados sin cesar con la lección de que ser capturado en una guerra era intolerablemente vergonzoso. El código de campo de los militares japoneses, en 1941, dejaba claro qué se esperaba de quienes estaban a punto de convertirse en prisioneros: “Piensa primero en tu familia. En lugar de vivir y soportar la vergüenza de ser prisionero, el soldado debe morir para evitar la deshonra de su nombre”. Como resultado, en muchas batallas perdidas los japoneses luchaban hasta la muerte. Por cada soldado aliado muerto, cuatro eran capturados; por cada 120 soldados japoneses muertos, uno era capturado. En algunas batallas perdidas, los soldados japoneses se suicidaban en masa para evitar la captura. Los pocos que eran capturados solían dar nombres falsos, creyendo que así sus familias pensarían que estaban muertos. La firmeza de esta convicción quedó demostrada en el campo Cowra, en Australia, en 1944, cuando cientos de prisioneros de guerra japoneses se arrojaron prácticamente sobre las ametralladoras del campo e incendiaron los barracones en un intento de suicidio colectivo conocido como “la noche de los mil suicidios”. La ira y el rechazo que los japoneses sentían por quienes se rendían o eran capturados se extendía a los aliados. Esta forma de pensar creó una atmósfera en que el abuso, la esclavitud y hasta el homicidio de un cautivo eran considerados como aceptables e incluso deseables ³².

En Ofuna los presos no sólo eran golpeados, sino que los mataban de hambre. Los tres alimentos diarios solían consistir en un plato de caldo con unos pocos vegetales, y uno o medio plato de arroz podrido, a veces mezclado con cebada. La dieta carecía prácticamente de proteínas, y tenía escaso valor nutricional y calórico. Era una política del campo el dar raciones pequeñas o pasadas a los prisioneros sospechosos de retener información. A veces se reducía la ración de todo el campo para castigar la reticencia de un solo preso. La comida estaba llena de excremento de rata, gusanos y arena, tanto que los

³² Hillebrand Laura, *Invencible*, Barcelona, 2014, p. 19.

dientes de Louie pronto estuvieron picados, rotos y partidos. Los hombres llamaban a las raciones “el desperdicio”.

El contenido calórico extremadamente bajo y la comida pasada, sumados al ejercicio forzado, ponían la vida de los hombres en gran peligro. “Estábamos muriendo”, escribió el prisionero Jean Balch, “al consumir unas quinientas calorías por día”. El escorbuto era común. Los parásitos y demás elementos patógenos de la comida hacían que la diarrea fuera el pan de todos los días. Lo más temido era el beriberi, una enfermedad potencialmente mortal causada por la falta de tiamina ³³.

Por otra parte, había una orden por la que el comandante del campo por ninguna circunstancia podía permitir que las fuerzas aliadas rescataran a los prisioneros de guerra. Si los avances de los aliados hacían que el rescate fuera una posibilidad, los prisioneros debían ser ejecutados.

Un día un periodista japonés fue al campo. Se había enterado que tenían un prisionero, Louis Zamperini, que era deportista de atletismo. Pronto encontraron a un corredor japonés para que corriera con él. Sacado a la fuerza y obligado a correr, Louis estaba furioso. Estaba muy débil y temblaba y rezaba. Un marinero noruego de apellido Christiansen le regaló un abrigo, que quizás le salvó la vida.

Otro día los oficiales de Ofuna trajeron a un civil japonés para que corriera contra Louis. La carrera sería de dos kilómetros y medio. Al correr, Louis se dio cuenta de que podía ganar y ganó. Los prisioneros lo celebraron. Pero Louis pensó en escapar sabiendo que si no la hacía lo ejecutarían. Trazó un plan con otros, robaron alimentos de la cocina, y estaban listos, cuando todo se echó a perder, porque en un campo cercano un prisionero se había escapado y los oficiales de Ofuna emitieron un decreto: *El que fuera descubierto tratando de escapar, sería ejecutado y, por cada preso que lograra escapar, matarían a varios oficiales cautivos.*

³³ Ib. p. 221.

OMORI

Después llevaron a Louis al campo de Omori. Al igual que en Ofuna, el beriberi y otras enfermedades adquirirían proporciones epidémicas. Debido a que los hombres que no podían trabajar, recibían la mitad de la ración alimenticia y su recuperación era más difícil.

Uno de los días de octubre de 1944, llevando una carretilla con un prisionero y un guardia para cuidarlos, pudo pasar el puente de Omori y ver cómo Tokio estaba casi desierto. Llevaba ya 13 meses prisionero y vio grupos de niños y adolescentes cavando trincheras. Llegaron los tres al matadero y llenaron la carretilla con carne de caballo. Mientras regresaban a Omori, Louis observó un escrito B-29. Eran los nuevos bombarderos americanos, que destruyeron muchas ciudades de Japón.

EL PÁJARO

En Omori conoció al más cruel de sus captores, a *Watanabe*, a quien llamaban el *Pájaro*. Parecía que la tenía tomada con él en especial. Un día le dio varios correazos con la hebilla del cinturón contra la cabeza. El *Pájaro* le pegaba todos los días y él aguantaba con los puños cerrados y rezando, pero por dentro se recomía de rabia y de no poder oponerse porque se jugaba la vida. El *Pájaro* le tenía un odio renovado cada día. Sus palizas diarias tenían un motivo distinto, pero siempre había algo por el que castigarlo con saña.

El 24 de noviembre de 1944 las sirenas de Tokio sonaron, ciento once B-29 a velocidad de 710 kilómetros por hora, venían a bombardear ciudad tras ciudad sin encontrar oposición. El *Pájaro* se moría de rabia y la descargaba contra los prisioneros, les prohibía fumar, cantar, jugar a las cartas, hacer servicios religiosos y hacía inspecciones de sus cosas personales.

El 20 de diciembre de 1944 Louis estaba muy enfermo, debilitado por el hambre a pesar de que algunos robaban en la cocina y le daban algo extra. La Cruz Roja enviaba algunos paquetes, pero los guardias tomaban lo que querían en lugar de distribuirlos. El 1 de marzo de 1945 reunieron a los prisioneros y los llevaron a un tren. Viajaron toda la noche adentrándose en un paisaje nevado. Después caminaron dos kilómetros hasta un campo de concentración, llamado Naoetsu. Allí les esperaba el *Pájaro*. Tuvieron que trabajar, cargando carbón y otras cosas. Su disentería lo debilitaba, pero quería trabajar con tal de no ver reducida a la mitad su ración de comida.

El “Pájaro” era tan perverso que los oficiales prisioneros pronto determinaron que tenían que matarlo para salvarse ellos mismos. Los conspiradores formaron «escuadrones de asesinato» dispuestos a ahogar al Pájaro o arrojarlo desde un precipicio. Siempre que el Pájaro estaba en el campo, lo vigilaban, pero él parecía saberlo y solía pasearse en compañía de guardias armados. Entretanto, dos cautivos médicos, Richard Whitfield y Alfred Weinstein, diseñaron un plan para envenenar al Pájaro con dosis masivas de atropina y morfina. Una vez más el Pájaro los eludió: El día después de que los médicos tramaran su plan, el Pájaro hizo que pusieran cerradura al gabinete de los medicamentos.

Whitfield urdió un nuevo plan. Preparó una botella de solución salina y glucosa para usarla como medio de cultivo, mezcló excrementos de dos pacientes aquejados con disentería amebiana y bacilar, metió tres moscas y elevó la temperatura del caldo de cultivo al mantener la botella pegada a su piel durante varios días para incubar los patógenos. Él y Weinstein dieron el compuesto al cocinero cautivo, quien lo vertió en el arroz del “Pájaro” durante cerca de una semana. Cuál no sería su sorpresa al constatar que el “Pájaro” no enfermaba, de manera que los médicos prepararon una nueva combinación, usando excrementos de seis prisioneros enfermos. Esta vez dieron en el blanco.

En dos días el “Pájaro” se encontró violentamente enfermo, e incapacitado por una diarrea explosiva y una fiebre de más de 40 grados. Weinstein lo encontró llorando en su habitación. “Sollozaba como un niño”. El “Pájaro” ordenó a Weinstein que lo curara. Le dio unas píldoras y dijo que se trataba de sulfas. Suspicaz el “Pájaro” hizo que Weinstein tomara las píldoras. Él lo hizo con toda tranquilidad pues sabía que dentro de las cápsulas sólo había aspirina y bicarbonato de sodio. El “Pájaro” perdió casi ocho kilos en una semana. Weinstein lo conminó a comer su arroz.

Con el “Pájaro” fuera de combate, los hombres e incluso los guardias se mostraban, escribió Weinstein, “casi histéricamente infantiles” de alegría. Sin embargo parecía imposible asesinarlo. Después de diez días, se le quitó la fiebre. Regresó a Naoetsu para desquitar su ira con los oficiales y con Louis³⁴.

El Pájaro (Watanabe) lleno de furia golpeó a Louis sin piedad. Sus piernas comenzaron a doblarse y se cayó. Logró incorporarse, pero otros golpes vinieron y quedó desmayado en el suelo. Aquel día, según unos, cada hombre recibió 220 golpes. Otro día el Pájaro ordenó a Louis que levantara una viga de madera de dos metros de largo. Le dijo: *Levántala*. Louis logró levantarla y entonces le ordenó sostener la viga sobre su cabeza. Después le dijo a un guardia que, si el

³⁴ Ib. pp. 316-317.

prisionero bajaba los brazos, lo golpeara y él desde lejos observaba. Louis estaba de pie con la mirada puesta en el *Pájaro* bajo el sol. Cada vez sentía la viga más pesada. A Louis le temblaba ya todo su cuerpo. El guardia le golpeó y él se enderezaba. Comenzó a sentir que la cabeza le daba vueltas. Resistió mucho más de lo que se suponía y después dijo: *Algo sucedió en mi interior. No sé lo que fue.* Vino el *Pájaro* y le golpeó en el estómago y Louis se dobló de dolor y cayó al suelo. Al despertarse no sabía lo que había sucedido. No tenía idea de cuánto había resistido. Había sostenido la viga durante 37 minutos.

Otra vez cuando el *Pájaro* lo encontró, se sintió aterrorizado, porque le había dicho el día anterior: *Mañana voy a ahogarte.* Al otro día, le dijo: *He cambiado de parecer* Entonces lo empujó y comenzó a pegarle en la cara, alternando los puños derecho e izquierdo en un éxtasis violento. De pronto se serenó y dijo: *Te ahogaré mañana.* Y se marchó. Louis habló con otros oficiales y decidieron matar al *Pájaro*: lo tirarían del último piso de los barracones por la ventana. Se repartieron las faenas para consumar el homicidio. Louis fue el encargado de robar suficiente soga para amarrar una roca al *Pájaro*, pero al día siguiente, 6 de agosto de 1945, un B-29 tiró la primera bomba atómica sobre Hiroshima, la bomba se llamaba *Little boy* y la ciudad fue destruida. El 9 de agosto le tocó el turno a Nagasaki y también fue destruida.

Los guardias hablaban de llevar a los 700 presos a otro campo y ellos discutieron sobre la manera de defenderse, si los sacaban para ejecutarlos, como pensaban que era lo más probable. Pero el *Pájaro* huyó del campo y todo quedó en nada.

LA LIBERACIÓN

El 15 de agosto Louis se despertó gravemente enfermo con disentería. Al mediodía todos los japoneses se habían ido. Louis se acostó enfermo. Tenía arcadas y alguien entró y le dio cinco cartas. Eran de sus hermanos Pete, Sylvia y de sus padres, escritas meses atrás. Abrió los sobres y salieron las fotos de su familia. Era la primera vez que sabía algo de ellos en dos años y medio. Se aferró a las cartas y resistió. Ahora tenía esperanza de sobrevivir con la ayuda de Dios, a quien invocaba frecuentemente. Un avión había echado un volante informando: *Mañana conduciré hasta aquí con comida y provisiones. Teniente Hawkins.* Otro avión pasó y un hombre cayó sin paracaídas. Todos estaban aterrados, pero no se trataba de un hombre, sino de un par de pantalones rellenos de cosas. A partir de ese día, las provisiones no dejaban de caer. Pasados algunos días, la comida abundaba y tuvieron que escribir: *Nada más. Gracias.* Algunos sufrieron consecuencias por los atracones, ya que sus estómagos no estaban acostumbrados a tanta comida de golpe. Los B-29 lanzaron comida a los presos

por todo el Japón. Más de 1.000 aviones saturaron el paisaje con cerca de 4.500 toneladas de carne enlatada, coctel de frutas, chocolate, sopas, medicinas, ropa y miles de cosas más.

Por fin tomaron un tren para ir a Yokohama. La noticia de la liberación de los presos corrió rápidamente por Estados Unidos. La madre de Louis y su hermana Virginia fueron a la iglesia a dar gracias a Dios.

El Japón firmó el acta de rendición el 2 de septiembre de 1945 y el general Mac Arthur difundió la noticia al mundo desde la cubierta del US Missouri en la bahía de Tokio. En la guerra el Japón había cometido atrocidades. Había mantenido prisioneros a 132.000, procedentes de USA, Inglaterra, Canadá, Nueva Zelanda, Holanda y Australia. De ellos habían muerto 36.000. De los 34.648 de los prisioneros americanos, 12.935 habían muerto. Hicieron de los prisioneros esclavos, muchos de los cuales trabajaron hasta morir. Miles fueron asesinados, acuchillados, golpeados, decapitados o fusilados. En una ocasión, mataron a los 5.000 coreanos que tenían prisioneros, siguiendo la norma de no liberar a ningún prisionero.

Louis de regreso a Estados Unidos, se alegró de encontrar bien a su familia. Todos lo agasajaban y lo querían.

LA CONVERSIÓN TOTAL

Louis se enamoró de una hermosa joven de 20 años, que se llamaba Cynthia, pero su matrimonio iba de mal en peor. Louis tenía un odio tremendo dentro de su alma contra el *Pájaro* que tanto le había hecho sufrir y soñaba con matarlo. Muchas noches tenía pesadillas con él y eso le llevó a tomar licor en exceso. El alcohol lo destruía por dentro. Cynthia le rogaba que no bebiera, pero de nada servía. Parecía que Louis estaba perdido sin poder recuperarse del odio que tenía dentro. Él, que tanto había rezado en su cautiverio, ahora parecía que no le interesaba Dios y le prohibió a Cynthia ir a misa. Tuvieron una hija llamada Cynthia, pero él, cuando tomaba demasiado, desconocía. Una noche tuvo pesadillas con el *Pájaro* y en su locura pensó que su esposa, que dormía a su lado, era él *Pájaro* y empezó a golpearla. Ella gritaba y él despertó y se puso a llorar. Uno de los días Cynthia se fue de casa, porque ya no podía aguantar más.

Pero regresó con él después de unos días, quería ayudarlo. Y oyó que el gran evangelista Billy Graham tenía una campaña de predicación en Los Ángeles. Ella fue sola, pero le insistía a que él fuera también. Por fin, después de mucho rogarle aceptó por complacerla. Dios lo tomó de sorpresa y él se acercó al altar y pidió perdón a Dios, sintiendo que comenzaba una nueva vida, ya que

Dios le dio la capacidad de perdonar a su enemigo. Recordó que había prometido a Dios entregarle su vida, si le ayudaba cuando estaba aún en la balsa. Dios le ayudó y ahora quería darle su vida. De esta manera empezó a dar su testimonio por diversos lugares de Estados Unidos y decidió ir a Japón a perdonar directamente a los enemigos que estaban prisioneros y juzgados en la prisión de Sugamo. Allí encontró a Curley, la Comadreja, Kino, Sasaki, el Matasanos y a cada uno lo abrazó y lo perdonó.

El cruel verdugo *Pájaro* (Watanabe) huyó y se le dio por muerto, pero estuvo vivo y apareció cuando Estados Unidos en 1958 dio una amnistía a todos los criminales de guerra, que no habían sido ejecutados. Louis quiso dar su perdón personalmente a Watanabe (El *Pájaro*), pero él no quiso acercarse, cuando Louis fue a Japón. Le escribió una carta en la que le decía textualmente:

Como resultado de mi experiencia como prisionero de guerra bajo su injustificado e irracional castigo, mi vida de posguerra se convirtió en una pesadilla. No fue tanto debido al dolor y al sufrimiento sino debido a la tensión y la humillación. Yo llegué a odiarlo con sed de venganza. Bajo su autoridad, mis derechos no solo como prisionero de guerra, sino como ser humano me fueron arrancados. Fue difícil mantener la dignidad suficiente y la esperanza para poder vivir hasta el final de la guerra.

Las pesadillas hicieron que mi vida se derrumbara, pero gracias a una confrontación con Dios, por medio del evangelista Billy Graham, entregué mi vida a Cristo. El amor reemplazó al odio que sentía por usted. Cristo dijo: "Perdona a tus enemigos y ora por ellos". Como usted probablemente sabe, regresé a Japón en 1952 y se me permitió dirigirme a todos los criminales de guerra en la prisión de Sugamo. Entonces pregunté por usted y se me dijo que probablemente se había realizado el hara kiri, lo que fue muy triste escuchar. En ese momento al igual que a los demás, también lo perdoné. No obtuvo respuesta. Watanabe murió en 2003.

INSTITUCIÓN VICTORIA

Fundó la Institución Victoria, una organización sin ánimo de lucro. Trataba de ayudar a regenerarse a muchachos en situación de exclusión. Llevaba a los chicos a pescar, a nadar, a montar a caballo, a acampar, a dar caminatas por las montañas y les hablaba de su vida y de cómo Dios podía transformar sus vidas. Incluso su vida fue llevada al cine. Y lo mismo hablaba de su experiencia vivida en pequeños grupos que en grandes auditorios. Así, a la vez que ayudaba a la gente a vivir mejor, ganaba algo para por mantener a su familia. Está de más

decir que él y Cynthia vivieron muy unidos y felices teniendo a Dios como base de su familia. Tuvieron dos hijos.

Louis Zamperini pudo triunfar de tantas situaciones extremas en las que se encontró: primero como delincuente juvenil, después se rehabilitó como atleta, más tarde formó parte de un bombardero durante la guerra, estuvo 46 días perdido a la deriva en una balsa recorriendo 3.200 kilómetros en el océano Pacífico y lo peor fue su estadía de dos años y medio en cárceles japonesas con tantos sufrimientos padecidos por enfermedades, frío, calor y, sobre todo, por los malos tratos, humillaciones, golpes y mala alimentación. Por fin regresó a casa y allí el odio a los torturadores le hizo caer en el alcoholismo y en pesadillas enfermizas. Por fin Dios le ayudó a salir de tanta miseria personal y rehízo su alma dándole la gracia de poder perdonar a sus verdugos y así encontrar la paz de su alma y la paz de su familia, entregando su vida al servicio de Dios y de los demás.

En 1967 fue relevista de la antorcha en los juegos olímpicos de los Ángeles. También lo fue en 1996 en los de Atlanta (USA) y en los juegos de invierno de Nagano (Japón) en 1998. Murió el 2 de julio de 2014 a los 97 años de edad, después de una vida llena de amor a Dios y a los demás.

Muchos casos parecidos a este, de personas destruidas por el alcohol, la droga, el sexo, la pornografía o el desaliento han sido rehabilitados por Dios. Muchos de ellos al asistir por curiosidad o por dar gusto a su familia a santuarios marianos como Lourdes, Fátima, Medjugorje y otros.

Que Dios te bendiga por medio de María. Tu hermano P. Ángel Peña, agustino recoleto. La conclusión de este testimonio es seguir siempre adelante, sin desanimarse jamás. Dios nos espera al final del camino.

DIOS TE ESPERA

*No te inquietes por las dificultades de la vida,
por sus altibajos, por sus decepciones,
por su porvenir más o menos sombrío.*

Quiere lo que Jesús quiere.

*Ofrécele en medio de las inquietudes y dificultades
el sacrificio de tu alma sencilla que, pese a todo,
acepta los designios de su Providencia.*

*Poco importa que te consideres un frustrado,
si Él te considera plenamente realizado.*

*Piensa que estás en sus manos
y agárrate fuertemente a Él.*

Vive feliz. Te lo suplico. Vive en paz.

Que nada te altere.

Que nada sea capaz de quitarte la paz.

Ni la fatiga psíquica. Ni tus fallos morales.

*Haz que brote siempre sobre tu rostro,
una dulce sonrisa.*

*Y, en el fondo de tu alma, coloca, antes que nada, como fuente de energía y
criterio, la verdad y la paz. Recuerda: cuanto te perturbe y te quite la paz es
falso. Por eso, cuando te sientas apesumbrado y triste,*

ADORA, AMA Y CONFIA...

Jesús te espera en la Eucaristía y quiere ser tu amigo.

